

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

**LA ARQUITECTURA DEL HOGAR  
Y LA ORDENACION URBANA  
COMO REFLEJOS  
DE LA VIDA FAMILIAR Y SOCIAL  
DE CADA EPOCA**

DISCURSO ACADEMICO DEL  
EXCMO. SR. D. JOSE LUIS DE ARRESE  
LEIDO EN EL ACTO DE SU RECEPCION PUBLICA  
EL DIA 5 DE NOVIEMBRE DE 1967

Y CONTESTACION DEL  
EXCMO. SR. D. CESAR CORT



MADRID, 1967







*REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES  
DE SAN FERNANDO*



REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

**LA ARQUITECTURA DEL HOGAR  
Y LA ORDENACION URBANA  
COMO REFLEJOS  
DE LA VIDA FAMILIAR Y SOCIAL  
DE CADA EPOCA**

DISCURSO ACADEMICO DEL  
**EXCMO. SR. D. JOSE LUIS DE ARRESE**  
LEIDO EN EL ACTO DE SU RECEPCION PUBLICA  
EL DIA 5 DE NOVIEMBRE DE 1967

Y CONTESTACION DEL  
**EXCMO. SR. D. CESAR CORT**



MADRID, 1967



**LA ARQUITECTURA DEL HOGAR  
Y LA ORDENACION URBANA  
COMO REFLEJOS  
DE LA VIDA FAMILIAR Y SOCIAL  
DE CADA EPOCA**





## SEÑORES ACADEMICOS:

**M**IS palabras iniciales, en esta solemne ceremonia de recepción, han de ser de gratitud y de recuerdo.

Gratitud, en primer término, a vosotros, que sin mirar los escasos merecimientos de mi vida, me habéis permitido el acceso a un lugar como éste, donde no sólo se congrega lo mejor de los hombres dedicados a la más bella y tangible expresión de la sensibilidad, sino también donde todo arquitecto, desde que tiene en sus manos el título profesional, fija la meta de sus más encendidas ilusiones. Y gratitud también a las ilustres personalidades que han querido mostrarme su afecto, haciéndome el honor de su presencia.

Pero al mismo tiempo, palabras de recuerdo; recuerdo cariñoso y dolorido, a aquella ilustre personalidad del arte que por voluntad de Dios nos ha abandonado para siempre, dejando entre nosotros un hueco de ausencia que si a todos resulta difícil de llenar, lo es todavía más a mí por haber sido llamado a ocupar en esta Academia su sitio, su entusiasmo y su valía.

Don José Yarnoz Larrosa llevó a su buena estructura moral dos ingredientes sustancialmente benéficos para hacer

de su vida una marcha continuada de rectitud y de brío: la vocación y la raza. Porque ser arquitecto por atracción, y navarro por estirpe, fue para él añadir a su formación humana, no sólo un peso específico capaz de dar solidez a su hombría, sino también un manojo de sueños bonitos a los duros quehaceres de una profesión como la nuestra, llena de exigencias artísticas y sociales.

Así, lo mismo cuando iba en las procesiones de Pamplona ocupando el honroso lugar, medio laico medio eclesiástico, de Canónigo honorario, que un día le otorgaron por haber sabido trabajar para la Casa del Señor con fervor de Maese medieval, que cuando hacía, doblado en su mesa de trabajo, un detalle menudo para el grandioso castillo de Olite, se sentía arquitecto de la mejor arquitectura y contemporáneo de la mejor historia.

Tal vez, una de las maneras más completas que tuvo como hombre de plomada para hacer las cosas con redondez, fue esta de haberse acostumbrado a pasear por las ruinas venerables de la vieja abadía de Leire o asomarse en Olite a la «Torre de los Cuatro Vientos», cogido del brazo al recuerdo de un rey como Carlos el Noble, o de un santo guerrero y maestro de novicios, como Raimundo Serra, el de los Hitos de Fitero y los Cruzados de Calatrava.

Por eso, lo primero que hay que ver en Yarnoz para entender su formación de artífice clásico, es la extensa labor de restauraciones que realizó; porque sin duda fueron ellas las que le hicieron mirar la profesión en función de lo permanente y le llevaron a huir de la moda, de eso que llamamos moda no porque sea lo actual, sino lo fugaz, tan fugaz que en un solo día nos llega y se marcha con ruido de música estridente.

Cuando en torno a la arquitectura trabajó para los claustros de las catedrales pamplonesa y tudelana; cuando vivió el renacer de los grandes monasterios de Irache y de Leire y de Iranzu, y asistió a la resurrección de la pequeña ermita octogonal de Nuestra Señora de Eunat; cuando

en el orden civil dedicaba al castillo de Olite sus más largas horas de cariño y de entusiasmo, lo que hacía no era sólo trabajar con vocación de infatigable trabajador, sino también, y casi estoy por decir que sobre todo, lo que hacía era dar una imagen perfecta de su faz para que todos le llegaran a entender, incluso los que no le conocieron, incluso los que creen que la vida es demasiado corta para vivir sin prisa, incluso los que llaman perder el tiempo a poner la ternura y el mimo en el arreglo de un capitel románico.

Pero Yarnoz tuvo tiempo para esto y para mucho más, antes de que la Academia le llamara, hace casi veinticinco años, a sentarse en el corro de los otros varones del arte y recabar su consejo y su ayuda, porque ya para entonces hacía treinta años que había ganado la Primera Medalla en la Sección de Arquitectura de la Exposición Nacional de Bellas Artes, y triunfado en el concurso abierto para hacer el edificio destinado en Pamplona a la Exposición de Viticultura.

Después ganó también los concursos convocados para construir la Sede Central de la Sociedad Española de la Asunción, en el Paraguay; la Casa de Correos y Telégrafos en Salamanca; la ampliación del Palacio de la Diputación navarra, y el nuevo Instituto de Segunda Enseñanza en Pamplona. Logrando, a la vez, destacados premios con sus proyectos de Gran Hotel para la Exposición Ibero-Americana de Sevilla, del Círculo de la Unión Mercantil para Madrid, y del Casino-Kursaal para San Sebastián.

Yarnoz, y por eso recalco después de las restauraciones esta faceta de los concursos, tenía alma de luchador; quizá porque de mozo se acostumbró a los encierros de San Fermín y descubrió la gallardía de los riesgos; o tal vez porque supo desde el principio, que la vida se ha hecho (como una galería misteriosa) para abrirla y andarla cada uno, sin esperar a que vengan los magos a darnos la llave y, sobre todo, sin esperar a que vengan a dejarnos, tejida en las sienas, la corona de laurel de una victoria ganada sin combate.

Otro nuevo concurso, esta vez en el año 16, para el Banco de España en Vitoria, le consagró como Arquitecto Oficial de nuestra primera entidad bancaria, y le llevó a hacer una veintena de edificios en las más importantes capitales (Barcelona, Bilbao, Málaga, Sevilla, San Sebastián, Tarragona, Avila, Soria, Huelva, Guadalajara, Orense, Santa Cruz de Tenerife, Pamplona, etc.), siendo entre todos los que hizo, quizá el más interesante, el de Madrid, pues si no tuvo problemas de originalidad, pues sólo consistió en la ampliación del edificio central por su lado de Alcalá, tuvo sí, difíciles problemas constructivos al bajar a treinta y cinco metros de profundidad la nueva caja subterránea.

Yo que, a dos pasos de esta Academia, construí con mi compañero José Manuel Bringas, el Banco Rural y Mediterráneo, y tuve necesidad de hacer grandes excavaciones entre viejas medianerías colgadas, comprendo como nadie las dificultades técnicas que Yarnoz se vería obligado a resolver.

No voy a extenderme demasiado a relatar las muchas obras salidas de sus manos, recordando sólo, como una querencia de piedad, las que realizó en Salamanca (el Noviciado de los PP. Jesuítas, el Monasterio de las Salesas Reales, la iglesia de las Esclavas y el Asilo de las Hermanitas de los Pobres); y como un abrazo de amor, las numerosas que levantó en Pamplona, desde los primeros cinematógrafos y la Caja de Ahorros de Navarra, hasta el gran Monumento y Panteón de los Caídos en la Cruzada, que le hicieron acreedor a honores y cargos públicos, hechos para el respeto y sobre todo para el reconocimiento de su valer.

Así, sus compañeros de Madrid le designaron Decano del Colegio Oficial de Arquitectos, y en el primer Ayuntamiento de la capital, recién salida de los horrores de la guerra, se encargó de organizar, como uno de los Concejales más capacitados, los servicios técnicos municipales, y en el Ministerio de Educación Nacional trabajó como miembro de la Junta Facultativa de Construcciones, siendo premiado, al fin, por todos estos desvelos, con la Gran Cruz de Alfonso el Sabio.

He aquí una vida llena de calidades humanas y de sabias aportaciones al conjunto de las Bellas Artes, que me honro en recordar, pero al mismo tiempo me agobio con saber que soy yo el encargado de cubrir el vacío de su ausencia, y que es en mí en quien vosotros confiáis para que siga adelante la antorcha que él abandonó en esta gloriosa olimpiada, que consiste en mantener el pasado, vigilar el presente y encauzar el futuro.

Para él, por tanto, pensando en él y acogiéndome a vuestra benevolencia, me atrevo a iniciar este discurso que he abanderado bajo el título de «La arquitectura del hogar y la ordenación urbana, como reflejos de la vida familiar y social de cada época».



## Consideraciones generales

**E**S evidente que, en buena teoría arquitectónica y en buena lógica de relación entre las causas y los efectos, el hogar y la urbe han de estar siempre en función de sus inquilinos permanentes: la familia y el pueblo. Pero como también la familia y el pueblo han vivido siempre influenciados por una serie de circunstancias más o menos exteriores y más o menos transitorias, resulta que el hogar como unidad y la urbe como pluralidad, han tenido cada siglo, o cada manojito de siglos, una serie de aspectos diferentes, en función de una gama completa de variables humanas, que van desde el simple capricho de los gustos pasajeros a la más acuciante de las necesidades.

Si la ciudad antigua, por ejemplo, pensando en el modo de tener asegurada la población civil ante el riesgo de los combates, escalaba los cerros más propicios a la defensa, y apiñaba la puebla entre apuros de espacio sin demasiada concesión a la amable exigencia del ambiente, y sometía la vida de sus habitantes a la asfixia de un corsé amurallado, es claro que después, al venir cada tiempo con su circunstancia y llevarnos a un nuevo concepto de la vida, se fuera amoldando la ciudad sucesiva a maneras de ser diferentes, rompiendo costumbres centenarias, límites físicos y pre-



juicios psicológicos, en busca de otro perfil urbano más de acuerdo con los nuevos motivos de convivencia.

No voy, por tanto, a anunciar aquí, con evidente alarde de pedantería y abuso de vuestra paciencia, un estudio completo del hogar y de la urbe a lo largo de las muchas vicisitudes renovadoras que han determinado los cambios incesantes de su forma exterior; porque viniendo estos cambios, como he empezado por decir, en función de razones humanas y siendo las razones en juego tan copiosas como el propio renuevo de las generaciones, me llevaría a dejarme anclado para siempre en una meditación inacabable de las costumbres humanas, sin esperanza de llegar jamás al tema final de este discurso, que, al fin y al cabo, se quiere ceñir al análisis del «hoy» en el hogar y en el complejo urbano.

Y se quiere ceñir al «hoy», no sólo porque, sabiendo que la historia se hace un poco cada día, nada hay mejor para conocer el conjunto como fijarnos en un solo momento, sino también porque al reducir el amplio panorama sucesorio de la arquitectura en los siglos al único paisaje de lo actual, dejo al alcance de la mano el volumen y el interés del asunto.

Anuncio, pues, que, por razones de límite y de atracción, voy a dedicar estas palabras al momento presente.

— —

Y como la mejor manera de conocer lo actual es saber lo anterior inmediato, me vais a permitir que empiece estas modestas consideraciones por comparar el hogar y la urbe presente con aquellos que fueron sus más cercanos parientes: el hogar y la urbe a finales del siglo XIX.

En el siglo XIX se produjo a la vez el triunfo de dos fenómenos esenciales: uno, económico, importantísimo, señalado por la aparición de la gran empresa financiera e industrial; y otro, demográfico, no menos trascendente, porque vino a convertir el pausado movimiento migratorio

de las gentes en un éxodo colectivo de claro abandono campero y de brusca tendencia a la neutra y opaca aglomeración ciudadana.

Estos dos fenómenos, que por una parte podemos resumir en dos únicas palabras: «el capital y la capital», y por otra los debemos situar a caballo del novecientos, no porque fueran iniciados pero sí culminados en los últimos años del XIX y primeros del XX, son los que partiendo de una sociedad que antes vivía más individualizada, llevaron al mundo a otra postura social presidida por algo que sería lo más característico de nuestra época: la masa; masa de dinero y masa de hombres; sociedades anónimas y multitudes anónimas.

Pero si hemos de partir de esta situación masiva para llegar al estudio, no sólo profesional, sino también filosófico de la arquitectura, es porque ya con ella estamos enfrentados con la más humana de todas las aspiraciones, la anti-masa; es decir, la personalidad; con la cual ya tenemos a la urbe pendulando entre dos extremos igualmente capaces de caracterizar una época que pasará a la historia como hecha para saltar de lo arraigado y menudo a lo gigantesco y flotante: la personalidad y la masa.

Ahora bien, como la personalidad y la masa no se refieren tanto al edificio aislado, aunque se trate de estudiarlas en él, como al hombre que lo engendra; ni tanto al número de edificios, aunque el número repetido desemboca en la unidad del estilo, como a la multitud que los ocupa, resulta que ya estamos dando un segundo brinco en busca del factor más necesario para entender las cosas y para entendernos los unos con los otros: la sinceridad. Porque, al fin y al cabo, el motor es el alma, y el alma es tanto más de cada uno, tiene tanta más personalidad, cuanto más sincera sea; y es tanto más del vulgo, tiene tanto más de masa, cuanto más se hunda en lo insincero.

Así, para hablar de la arquitectura y del urbanismo y entender las razones que las motiva, tenemos que seguir este razonamiento esencial: el hombre o, mejor dicho, la familia,

como unidad social inmediata, y el edificio o, mejor dicho, el hogar, como espacio vital de la familia, pueden tener personalidad o vulgaridad, pero tienen que ser sinceros; y la multitud, tanto en lo humano como en lo urbano, puede ser pueblo o masa, puede sugerir una intencionalidad de pensamiento o simplemente una aglomeración física, pero tiene que vivir de cara a la realidad. Porque sólo así, el estudio analítico de una arquitectura nos podrá decir si el pueblo que la vivió era masa o no y si el hombre que la dio forma tenía personalidad o se dejó llevar por la rutina.

En este sentido, tenemos que empezar reconociendo que el siglo XIX y la primera treintena del XX se caracterizan a los ojos del hombre actual por la insinceridad y el adoce-  
namiento.

No sé qué dirá de nosotros el hombre del siglo futuro y si esta calificación que hacemos del inmediato pasado y del presente se mantendrá con la perspectiva; pero lo cierto es que nosotros, los que hemos nacido en el siglo XX, pero ya no somos jóvenes, creemos que tanto el hombre y la sociedad, como el edificio y la urbe, tienen hoy en su corazón y en su arquitectura mucha más sinceridad que antes y, en consecuencia, mucho menos de masa que antes.

## PRIMERA PARTE

# La Arquitectura del Hogar

### A) Planteamiento de los interiores en función de la sinceridad

**V**AMOS a analizar el hogar: el hogar del siglo XIX vivía por fuera y por dentro sometido a la apariencia.

Si cualquiera de nosotros nos viéramos de pronto metidos por arte de magia en el interior de una vivienda desconocida, sabríamos decir inmediatamente si estábamos dentro de un ejemplar del siglo pasado, o de la más actual concepción. Y lo sabríamos, no por la fuerza expresiva de las modas al ver la doncella de cofia bordada y delantal de encajes que sólo aparece ya entre los personajes de un «vaudeville»; ni en función de los gustos, un tanto excesivos, que llenan de trastos sin vida los rincones de la decoración, sino en función de la propia distribución habitable del hogar; de esa distribución que, invadiendo el terreno de la arquitectura, llega a ser, como todo lo que responde a un estado social unánime y repetido, algo más que una moda o un gusto.

Así, la vivienda del siglo XIX en materia de distribución interior tiene un sabor especial y si alguien quisiera analizar no ya ese sabor, sino las verdaderas causas de su replanteo tendría que acabar vinculando el origen de sus dudas a una norma social; una norma basada en la insinceridad de las últimas generaciones; una norma cuyo más característico sello consiste en sacrificar lo mejor de su espacio a la consideración del visitante, en lugar de ser útil a la vida continua de sus moradores.

Las mejores habitaciones del hogar decimonónico, abiertas al exterior por medio de balcones que no se utilizan para estar en contacto con el aire, eran la sala y el comedor. Una sala hecha para recibir los viernes y permanecer el resto de la semana con sus muebles en fundas y sus cortinones echados para preservarla del sol; y un comedor que aunque, en el mejor de los casos, se utilizara dos medias horas al día, ocupaba también uno de los mejores sitios porque en ellos atendían de vez en cuando al invitado de fuera y se exhibía ante él la comida y la vajilla de los días de fiesta.

La familia, verdadero usuario de una superficie que así padecía la más dolorosa de las mutilaciones, vivía luego, a lo largo de un pasillo interminable, repartida entre el cuarto de estar, donde, en torno a la clásica mesa camilla, se confinaba a diario para no estropear la solemnidad de los otros lugares, y los dormitorios que no sólo se abrían a patios interiores y pequeños, como si el aire fuera un ingrediente despreciable para los pulmones, sino que además, si alguno era mejor, adquiría inmediatamente la consideración de dormitorio de respeto y quedaba reservado también al invitado de turno.

Después, al fondo de ese hogar reflejo de un modo de ser un tanto fariseo, venía el único cuarto de baño, y luego, una parte de servicio oscura y fea (porque así lo mandaba el concepto jerárquico de sus habitantes), culminada en una cocina destartada y en un dormitorio sin ventilación.

En cambio, si estábamos en una vivienda moderna (vivienda de tipo medio como la otra, pero moderna o, mejor aún, modernísima), veríamos primero que no había en ella espacios sacrificados a la apariencia; nada de salas de cuerpo presente, ni comedores de valor expectante, ni menos aún el cuarto melancólico de segunda categoría simbolizado en la mesa de camilla, porque todo esto se había juntado en una sola pieza, sala-comedor-estar, que además de reunir las tres superficies antiguas, con suma, por tanto, y ahorro a la vez, se hacía que sirviera fundamentalmente para lo que es: para estar; estar en familia, o en visita, o en rito de comida, pero siempre haciendo que la familia, y no la visita, sea lo más importante del hogar.

Veríamos también que se habían reducido al mínimo los antiguos pasillos, que antes eran una especie de institución demostrativa de la importancia y el tamaño de la casa; y que los dormitorios de los hijos eran además, durante el día, sus propios cuartos de estudio, porque en ellos entraba la luz al haberse eliminado los patios interiores cargados de vieja penumbra, y haber implantado la manzana abierta o la doble crujía lineal, como único medio completo de dar igualdad de habitación y de salud a todas las piezas de la casa.

Y veríamos, por último, la gran novedad de hoy: la cocina, que ante el hecho social incuestionable de una paulatina desaparición del servicio doméstico, se ha incorporado al rango uniforme de la casa moderna, en lugar de seguir el declive rutinario de su aspecto ínfimo.

La cocina actual es una pieza más, a veces unida al comedor por un simple ventanal de mostrador, pero siempre una pieza limpia y coquetona, llena de aparatos esmaltados que son el orgullo del hogar y donde el ama de casa y los hijos y los amigos de la familia entran y son invitados a entrar, con el seguro placer de ofrecer una buena exhibición, y sin el reparo antiguo de dejar al descubierto la mezquindad de una parte que si antes quedaba reclusa a la zona

invisitable, era por temor a la crítica dura que surgiera al comparar junto al orgullo de la sala principal, hecha para las visitas importantes, la vergüenza íntima de una vida llena de ficción y de apariencias.

Todo esto que vemos al comparar el ya viejo panorama de un hogar sacado del siglo XIX, con el reciente aspecto de una arquitectura concebida al aire de lo actual, tiene su origen en eso que pretendo llamar insincero, frente a la sinceridad de hoy.

Pero además tiene una consecuencia de huella profunda de la vida social de los cien últimos años. La insinceridad llevó la ficción al hogar, y ese hogar, cargado de falsedades y de apariencias, emparedado entre una parte solemne reservada al visitante y otra cochambrosa destinada al que habita, llegó a convertirse en antipático y a resultar inservible para cumplirse en él toda la hermosa labor unitaria y sacrosanta de la familia.

Por eso podemos decir, sin temor a que nadie nos mire incurriendo en palabras de demagogia, que fue el hogar del XIX y no la vocación al corrillo descubierta por el hombre de la conversación, el que terminó rompiendo el equilibrio de la intimidad, y llevó a las generaciones de entonces a buscar en el café y en el casino el único modo de encontrar acogimiento.

Si ahora, en cambio, han empezado a desaparecer los cafés y los casinos no se debe a que hayamos dejado de ser locuaces, sino, en gran parte, a que las nuevas generaciones, al vivir más sinceramente el agrado de un hogar completo, han dejado de necesitar sucedáneos. El hogar, como el coche modesto, que convierte los domingos en la admirable estampa de una excursión familiar, han hecho por la sanidad moral del pueblo mucho más que todos los otros expedientes moralizadores.

Y en esta aportación luminosa, corresponde al arquitecto el honor y la alegría de llevar en la punta de sus lápices la

expresión de una reforma social que, partiendo del confuso griterío de lo falso, ha sabido conducir al hombre hasta el remanso nuevo de las aguas perpetuamente queridas del bienestar; porque en ese bienestar, siempre buscado por el hombre como verdadero protagonista de la vida, es el hogar el más saludable refugio; ya que al fin, aunque los discursos de la más profunda revolución de un siglo hayan oscilado entre los dos extremos ruidosos de la lucha actual, la injusticia y la desigualdad, ha sido el hogar, sin que en ello nos hayamos parado demasiado, el fermento de todas las in-comodidades.

El hogar útil o inútil, provocado por una situación sincera o insincera, ha hecho la estancia de la familia grata o ingrata, y ha convertido al hombre en amable o mal-humorado.



## **B) El hogar modesto planeado con la urgencia de lo necesario**

**P**ERO lo dicho hasta aquí no se refiere a toda clase de hogares, aunque hayamos cogido para ejemplo el caso medio de la familia media, que usufructuaria a veces de todas las angustias encerradas en el «quiero y no puedo», vino a aceptar lo aparente, lo insincero y lo falso, antes de resignarse a bajar el último escalón de una sociedad como la del siglo pasado y principios de éste, no jerarquizada en los valores morales del hombre, sino en los cupones rentables de su economía.

Hay, por encima de todo esto, un conjunto no grande de edificios lujosos que no es problema para el arquitecto, porque nunca la abundancia de recursos crea dificultades a la profesión; y hay, por debajo, otro conjunto muy numeroso de hogares humildes que buscan en nosotros al técnico de la construcción, pero sobre todo al artífice máximo de un bienestar futuro.

Hay también otra labor, que ya no está en función de la familia, sino de la pura misión restauradora, encargada de llevarnos a sacar del olvido las ruinas del pasado, y otra distinta que por estar referida a edificios singulares (bancarios, administrativos, escolares, religiosos, etc.), permite soñar con bandadas de propósitos diversos.

Pero es evidente que la más elevada temperatura provocada en nosotros por una profesión nacida para hablar

de belleza y de abrazos sociales, está en el hogar como espacio acogedor de la familia; y más evidente todavía que, dentro de esta parcela, es el hogar modesto el que nos lleva con más entusiasmo al esfuerzo de unir sobre la mesa de trabajo las calidades exigidas por la dignidad humana con la pobreza de los medios que se ponen a nuestra disposición.

Sin embargo, si he empezado por traer a la consideración de este discurso el caso medio del hecho social, no es sólo para resaltar el contrapunto de influencia mutua que se ejercen entre sí la familia y el hogar, sino para hacer de él una estación de partida, porque luego el hogar de lujo y el hogar modesto, vencido ya el cerco de las apariencias y de las insinceridades, se diferencian sólo de aquél por una serie de problemas específicos derivados del lugar, de la amplitud, de los materiales, pero no como antaño, del vivir digno o indigno; ya que, en más o en menos, lo que hoy se amolda mejor al vivir actual, tanto de arriba, como de abajo, como de en medio, está esquematizado en las pocas palabras dichas hasta aquí.

Pero así como no voy a cansaros llegando a la consideración estética de lo lujoso, sí quiero dedicar unas palabras, aunque algunos lo tomen como simple concesión a la nostalgia, al hogar modesto, para decir no sólo que andar por estos caminos es llevar un ruta cargada de hermosas esperanzas, sino también que, después de lo dicho a propósito de la distribución interna y su importancia en el hogar medio, debemos conseguir para todos un nivel de habitación que no nos recuerde a la «casa barata» de otros tiempos (meritorios, sí, pero hincados todavía en preocupaciones diferenciales), sino a la casa digna, que se ha de parecer, repito, a la que hemos anunciado como producto de la sinceridad, dándole, incluso por fuera, ese aire de soltura moderna que le aleje de todo concepto melancólico, o ese otro de tipismo local, que le imprima un sello de personalidad y de ambiente.

Cuando en 1957, el mismo año de su creación, inició el Ministerio de la Vivienda el Plan de Urgencia Social de

Madrid para acometer la construcción de varios cientos de miles de hogares modestos (1), se llevó la Ley por el camino necesario para premiar con la máxima ayuda a la vivienda mínima y se empezó trazando de un modo casi oficial la planta de menor tamaño que, dentro de unas exigencias mínimas, respondiera mejor a la idea de moral y de salud procurado por la Ley.

Esta planta, cifrada en 38 metros cuadrados de superficie útil, no porque nadie creyera que lo minúsculo es el tamaño ideal, sino porque antes debíamos hacer que todos tuvieran cobijo, dio cabida a un programa ambicioso, que, salvo en las dimensiones, se parece a cualquiera de las concepciones actuales y se diferencia radicalmente de cualquiera de aquellas otras planteadas en el siglo pasado con mentalidad de clase, llevada a los últimos rincones de la higiene y de la dignidad.

Así, el programa establecido para norma general de un propósito importante, tan importante como ese recogido en el Plan de Urgencia Social, que pronto se extendió de Madrid a Barcelona, Asturias y Vizcaya y quedó a punto de llegar a Sevilla y Valencia, se fijó en torno a los siete principios siguientes:

1.º Programa mínimo, compuesto de seis piezas: vestíbulo-comedor-estar; tres dormitorios; cuarto de baño y cocina.

2.º Independencia de todas las piezas, salvo el vestíbulo-comedor-estar, que además de conservar su función de acceso a la escalera, podía ser de distribución interior.

3.º Obligación de que los tres dormitorios tuvieran un volumen de aireación suficiente y una superficie capaz de servir, uno a la doble cama del matrimonio; y los otros dos, destinados a separar los hijos de las hijas, para albergar

---

(1) Plan de Urgencia Social aprobado en las Cortes Españolas el 6 de noviembre de 1957.

dos camas individuales cada uno, que podían duplicarse a su vez en forma de literas montadas.

4.º Eliminación máxima de espacios perdidos en el interior, que en la planta-piloto quedaron reducidos, para dar autonomía a la vida de sus habitantes, a un pasillo de distribución, de metro y medio escaso de superficie.

5.º Desaparición de los clásicos patios de vecindad e incluso de los patios cerrados, siendo sustituidos por la manzana abierta o por la doble crujía lineal, desarrollada a lo largo de dos fachadas igualmente importantes.

6.º Distribución, en consecuencia, de manera que todas y cada una de las piezas habitables o incluso la cocina, tuvieran luz directa a las zonas exteriores (jardín, calle, etc.)

7.º Protección al fomento de terrazas, que pudieran ser dos: la una, de espacio ajardinado, y la otra, destinada al fregadero, así como al lavado y tendido de ropa.

Teniendo en cuenta que el precio de la construcción andaba entonces por las 1.200 pesetas metro cuadrado de superficie construida y que 38 metros de superficie útil equivalen a 50 escasos de superficie construida, resultaba que la Ley al sustituir los dos préstamos, el uno sin interés y el otro con él, que para 40 años se daban antes, por dos ayudas diferentes, una a fondo perdido de 30.000 pesetas (inferior desde luego al interés condonado anteriormente) y otra a préstamo por 15 años, de 400 pesetas por metro cuadrado (análogo en cantidad al otro de los préstamos antiguos), reducía el desembolso de la construcción a 10.000 pesetas, pero, sobre todo, reducía al mínimo la terrible burocracia que antes dejaba la casa durante casi medio siglo sometida a un contrato hipotecario que obligaba al usuario a sentirse inquilino y al Estado a montar una costosa e ingrata oficina de cobro.

Se comprende así la atención que despertó en los constructores al ver que, además, al cambiarse el concepto de

«renta limitada» por el de «venta limitada», se le permitía seguir su labor de promoción sucesiva sin tener que convertirse durante 40 años en meros administradores; y se comprende el éxito económico aportado al presupuesto nacional, que con el mismo esfuerzo podía llevar la ayuda al doble del número anual de viviendas.

Pero no son el aspecto económico, la ordenación de funciones y la eliminación del montaje burocrático los únicos que se pueden recordar hoy al hacer consideraciones sobre este importante esfuerzo legislativo, sino también la oportunidad social y arquitectónica, que en un momento preciso vinieron a coincidir bajo el cielo de España para bien del hogar y de la familia.

Porque este mismo esfuerzo, llevado a cabo en los últimos años del siglo XIX, hubiera llenado España de patios de vecindad, de corredores hechos en el mejor de los casos para el sainete; de habitaciones insanas con segundas y terceras luces; de servicios comunes a todas las viviendas de cada planta; y con fuentes de agua potable y pilas de lavar, llevadas para todos los vecinos al centro del patio.

Si por sola esta ocasión, me sentiría favorecido por la suerte al haberme podido encontrar de Arquitecto y Ministro a la vez, artífice a la vez de la piedra y de la vida, misionero a la vez del hombre y su contorno, daría gracias a Dios por el regalo que me hizo de juntar un cargo nacido para el bien con una vocación que me llevó a este oficio. Porque en ninguna situación se da, como en esta coincidencia, la posibilidad de encontrar al semejante marchando en multitud, y al mismo tiempo en solitario, por el camino del desamparo y poderle llevar a poseer algo tan importante como el hogar, algo tan digno que sólo en él se adquiere con los suyos calidad de familia, algo tan consolador que sólo por él deja en el polvo de la calle el punzante dolor de la intemperie y recupera el paso de un alma venida para la gloria y no para el rencor.

### C) La concepción exterior de los edificios en función de los motivos sanitarios

**P**ERO dejemos el tema familiar del hogar como refugio, para dedicar unos minutos al análisis artístico del hogar como fachada. Esto nos llevará a conocer los últimos estilos que se han ido solapando en el aire exterior de los edificios; y meditando luego, nos llevará a alcanzar las causas humanas de estas variaciones, ya que es preciso empezar reconociendo que pocas veces la historia del arte, nos puede presentar un estilo en función del capricho.

Cuando el barroco hizo saltar en pedazos el estilo anterior, no fue porque una borrachera colectiva convirtió en esquizofrénicos del arte a los hombres más sesudos, sino porque el ser humano no puede vivir sin el jugo de la gracia, y el hombre había llegado a sentir en sus venas la fría sequedad de algo que se le iba quedando muerto en la palma de la mano.

Y cuando el barroco convirtió la vida en un aquelarre sin sentido, vino el Academicismo, origen precisamente de esta Academia que hoy nos congrega, a poner un freno de cordura a lo anterior.

Luego fue Goya quien trajo una intención picaresca al nuevo peligro de quedarnos sin humor y después el Romanticismo a dar un sueño de nostalgia a una vida que poco a poco (o mucho a mucho, porque llegaba al paso de la máquina de vapor), se nos iba poniendo mercantil.

Pero no olvido que estoy hablando de arquitectura y de arquitectura galopando sobre la cresta del siglo XIX y vuelvo a recordar el tema de los gustos y de las causas para plantear la verdadera interrogante: ¿cuáles han sido los estilos y cuáles las razones de una evolución circunscrita a los años de un siglo más bien escaso?

Si cien años son muchos para la vida de un hombre, son pocos para la historia de un pueblo y menos para encontrar en ellos toda una serie de cambios de postura; sin embargo, en orden al aspecto arquitectónico de los edificios, y reduciendo, para no perdernos, toda la amplia geografía nacional al sólo panorama de Madrid, asombra ver que han sido varios los intentos de evolución y varias las causas de tipo social que los han originado.

En cuanto al aspecto arquitectónico de los edificios, más o menos destinados a viviendas, sin que por ello me desentienda de los edificios públicos, civiles, religiosos o conmemorativos, hemos pasado en Madrid, y casi estoy por decir en un Madrid paralelo al conjunto occidental de Europa, por esta carrera de pasos menudos: el monumentalismo de finales de siglo pasado, el uniformismo ensayado en la primera veintena del siglo presente, el imperialismo de la segunda veintena y el modernismo diáfano y ajardinado de hoy.

Probablemente, ninguna historia del arte parcelará tanto una etapa relativamente pequeña, tal vez porque un estilo, para llegar a serlo, necesita arraigar en el tiempo, y a tres de los cuatro señalados les faltó el aliento para sentirse otra cosa que posturas sin permanencia; sin embargo, todos han tenido sus características perfectamente definidas, y si no han llegado a más, es sin duda porque aquí, como en todo, la arquitectura es un reflejo de los estados de ánimo sociales y nuestra Sociedad aún no ha encontrado su estado de ánimo duradero.

Las características arquitectónicas de las cuatro posiciones son:

Para la primera, una propensión a las fachadas ostentosas concebidas a lo griego en su conjunto, con grandes columnas y pilastras que alcanzan toda la altura del edificio y enmarcan balcones y ventanas coronados con frontones triangulares.

Para la segunda, una especie de evasión contraria hacia la sequedad ornamental, convirtiendo los balcones y las ventanas en simples huecos de iluminación repetidos con obsesión de analogía despersonalizada y multitudinaria.

Para la tercera, una vuelta al sentido ornamental, pero no retornando al uso de elementos preocupantes, sino a la sencillez de los grandes edificios realizados en nuestras mejores épocas.

Para la cuarta, una explosión en cadena, y cada vez más avanzada, que nos lleva progresivamente por un lado a la simplificación, y por otro a la busca del aire, de la luz y de las flores.

De la primera podría poner como ejemplo los solemnes edificios residenciales y hoy en trance paulatino de derribo utilitario, que un día elegantizaron las calles de Almagro, Velázquez, etc.

De la segunda, los diferentes productos de la vivienda social nacidos al amor de una piedad enternecida y llegados al grito de alarma de una arquitectura que en el mundo se simbolizó en el «Karl Marx Hausse» de Viena y en Madrid en las normas sociales de la Dictadura y de la Ley Salmón.

De la tercera, por recordar edificios singulares cuya influencia se extendería luego con rapidez urbana, el Palacio de la Prensa y los Nuevos Ministerios, que de haber continuado en manos de su creador hubieran tenido mayor unidad de inspiración.



De la cuarta, todo lo que hoy se construye a lo largo de los últimos años.

Entre estas cuatro posturas, hay interferencias naturales, porque es demasiado corto el espacio de tiempo para que una misma persona haya dejado de intervenir en dos o en tres de ellas; por lo cual, si sólo cogemos las extremas y dejamos las intermedias, vemos que las dos responden a un mismo problema de inmigración: inmigración, la una, originada por los últimos coletazos de las Leyes de desvinculación, que hizo, a la nobleza y a gran parte del señorío medio, abandonar los pueblos y concentrarse en la ciudad; inmigración, la otra, más triste y apresurada, porque vino a convertirse en una evasión masiva del burgo abandonado en busca de trabajo.

La primera se hizo hasta el punto de que una época entera tuvo a los mentideros del casticismo repitiendo que Madrid era un pueblo habitado por madrileños de bombín y forasteros de chistera; y como estos forasteros son los que hicieron los bulevares y el barrio de Salamanca, llevando dentro de sí un regusto señorial y una afición ciudadana, las casas que entonces levantaron responden a dos características perfectamente definidas: el antivulgarismo y el antiararismo. Por eso, lo que hicieron fue Partenones para uso propio y paisajes de olor y color ciudadano, cuyo principal timbre de gloria era el asfalto por fuera y la vida de los salones por dentro, que acabó arrastrando consigo a esas extensas zonas humanas que antes he catalogado entre el «quiero y no puedo», camino de la insinceridad.

Pero llegó el momento, muchos años después, tantos que ya estamos en la cuarta postura, que la inmigración segunda se volvió a producir numerosa y al revés; ya no era el señorío medio el que «venía» de provincias con su tono de hidalgo perpetuo, y el casticismo madrileño el que «estaba» dispuesto a vestirlo de chispero, sino el pueblo con auténtico signo trabajador el que abandonaba el campo en busca de una colocación, sin llevar otra cosa en la pupila que un enjambre

de nostalgias, y en el alma un puñado de sacrificios. No cambiaban de domicilio por lo bien que se vive en la ciudad, sino por lo mal que se vive en los pueblos; y si hubieran podido, hubieran traído con ellos, para deleite de la vista y salud de sus pulmones, el paisaje y el aire que en la ciudad estaban sumergidos en toneladas de cemento.

¿Fueron ellos los que, sin darse cuenta, trayendo una margarita en el ojal de cada uno, enseñaron al arquitecto el mundo de la naturaleza? Tal vez, porque siempre las revoluciones empezaron por arriba; pero lo cierto es que con ellos vino la revancha de los nuevos tiempos contra los tiempos de atrás; una revancha que convirtió al ciudadano, hecho para vivir de espaldas al campo, en el ser que, añorando, cifraba su deseo supremo en volverse de cara a lo pastoril y bucólico; una revancha a la cual se sumaron rápidamente el de en medio y el de arriba, porque al fin y al cabo suponía la ocasión favorable para dar el portazo más alegre que se podía dar a toda la sordidez que con ellos habitaba cada día entre las cuatro paredes de esas casas de viejo cuño cerradas al aire y al sol.

Es curioso ver cómo trabaja incesantemente el péndulo de la vida; hace sesenta años, el que huía del campo, huía de verdad, para convertirse en un perfecto ciudadano con todas sus consecuencias de hombre acostumbrado al humo de los locales cerrados, al ruido de los coches y a la impaciencia de las multitudes; pero bastó que ese humo y ese ruido y esa prisa se hicieran de verdad insoportables, bastó que sus bronquios o su sistema nervioso o su corazón le anunciaran que estaba a punto de romperse, para que ese ciudadano, si no podía escapar de nuevo al campo, convirtiera los muros opacos de las fachadas en grandes cristaleras e hiciera de su maceta un jardín y de su terraza un parque, para sentirse de vuelta a la vida.

En sesenta años, el triunfo de la ciudad sobre el campo se ha convertido en el triunfo del campo sobre la ciudad, y además por el más irónico de los triunfos, el de hacer cam-

pera la casa ciudadana, y el más exigente de todos los motivos, el de recuperar la salud. Si fue un grito de sinceridad quien nos llevó a modificar el trazado de las plantas interiores de los edificios, es un grito de alarma sanitaria quien nos empuja a asomarnos al aire de un campesinismo improvisado.

Por eso pienso que la arquitectura de hoy marcha hacia metas irreversibles.

## SEGUNDA PARTE

### La Ordenación Urbana

**A** mi maestro don César Cort, maestro mío no sólo porque fue mi profesor en la Escuela Superior de Arquitectura, y hoy mi padrino en esta ceremonia de ingreso solemne a la Academia, sino también porque, siendo pionero del actual urbanismo español, nos ha enseñado a todos a no perder el paso cuando la vida nos lleva a grandes zancadas hacia nuevas concepciones de la urbe, sonará esta parte de mi discurso a la más entrañable canción, sobre todo si empiezo por decir que la entidad local, más que formada por un manojo de calles y un conjunto de casas, es algo dirigido a un fin metafísico por un medio tangible y material; es algo que trata de dar plenitud de estancia a la vida social del hombre por el camino de considerar la urbe como un todo armónico, introvertido y extrovertido, capaz de ponerle a la vez en relación consigo mismo y en relación con su contorno.

Así, lo primero que salta a la vista, por ejemplo, en materia de circulación, no es que todas las calles deban o no ser iguales, rectas y paralelas, como se empezó a usar

cuando el primer urbanista se tropezó con el primer carro, sino que debe haber, para decirlo con ideas sacadas de un libro suyo (1), unas vías principales encargadas, por un lado, de regular el tráfico interior (sabiendo bien, eso sí, de dónde viene y a dónde se dirige) y por otro, de unir los núcleos de población; y que estos núcleos, urbanos o rústicos, consumidores o productores, cercanos o alejados, tampoco deben mirarse como simples reuniones de viviendas, sino como centros completos que, enlazados al centro principal, formen esa unidad completa que antes era «La ciudad» y hoy es «La ciudad y su comarca» (2).

Con esta manera de ver el problema, ya es fácil decir que primero es el planteamiento general de un urbanismo nacional para llegar, bajando, a un concepto territorial y luego comarcal y luego local; y doy jerarquía diferente a cada una de las etapas del urbanismo, porque estoy hablando del planteamiento para el futuro y no de realizaciones pasadas. El urbanismo, como toda proyección, es lo que todavía no es, como diría Poëte (3), y por tanto sólo así, yendo del más al menos, podíamos ir encajando las cosas dentro de un conjunto homogéneo sin temor a acabar en la suma y no en la unidad.

Pero no pretendo recorrer uno a uno los pasos de este largo itinerario, que además se escaparía al modesto propósito mío de enlazar la ordenación urbana con el motivo social que lo empuja, aunque tampoco debo seguir adelante sin repetir, una vez más, la obligación de mirar el problema en su conjunto.

Un día, hace ya tantos que casi he doblado los años de mi vida activa, hablé del ámbito provincial en un discurso que dediqué en Málaga al problema de la vivienda (4), y

---

(1) *Un ejemplo sencillo de trazado urbano*, por César Cort, año 1932.

(2) El último ejemplo de esta ordenación global lo tenemos en el plan intercomunal milanés que fusiona en un solo municipio, noventa ayuntamientos limítrofes. Sin embargo, no trato con esta alusión de enaltecer el gigantismo, sino de destacar la realidad vital de la comarca.

(3) Marcial Poëte: *Introducción al urbanismo*.

(4) Discurso pronunciado en Málaga el 5 de mayo de 1940.

dije que en materia de urbanismo general había que volver a hacer la provincia, para dejar a un lado esas razones viejas, casi medievales, que fueron un día lozanas y poner en vigencia las que hoy permanecen o surgen como sorpresas a la vuelta del camino. Y veinte años después, clausurando en Barcelona el Congreso Nacional de Urbanismo (1), volví a recordar, apuntando a la cima de las aspiraciones, que urbanizar era concebir la extensa geografía del país como un nuevo mapa a dibujar; un mapa que, en función de las razones económicas del suelo y de las condiciones climatológicas y de la situación geográfica, se adapte a las necesidades de nuestros días y renuncie a seguir considerando intangible el que hicieron los siglos pasados.

Porque muchas veces, confundiendo lo inmediato con lo específico, se ha querido reducir el urbanismo a una labor de policía urbana, encargada de dar alineación a las calles, uniformidad de altura a las cornisas de los edificios y, todo lo más, trazar una Gran Vía o borrar un foco vetusto y mal oliente para hacerlo risueño y agradable. Pero como no es así, o al menos no lo es en toda su capacidad creadora, convenía empezar con estas palabras para dar horizonte al horizonte y no parecer que dejaba achicados los conceptos cuando a renglón seguido, después de aludir al urbanismo como ciencia ordenadora y completa, renunciaba al urbanismo en general y me dedicaba a exponer un manojo de aspectos singulares.

Si lo hago así, no es porque al fin me guste dejar los vocablos sin precisión, es porque el tiempo limita y sobre todo porque habiendo elegido para tema de mi discurso la influencia de la Sociedad en la urbanización de cada época, no tengo más remedio que reducir a una las varias lejanías de la vida; y de esa una, puesto que hablo sólo del momento presente, elegir las razones, las menos razones posibles, por las cuales andamos abocados a una completa transformación urbana.

---

(1) Discurso pronunciado en el Salón de Ciento de Barcelona, el 8 de noviembre de 1959.

No sé si elegiré bien, pero sospecho que nadie dejará de reconocer que los cuatro motivos más actuales y más arrolladores de la evolución actual andan en torno a estos fenómenos:

*a)* El turismo con su nota de reposo y la buena palanca educativa de poner en contraste las más alejadas costumbres.

*b)* El crecimiento de la unidad, provocado más que por razones vegetativas por una incesante inmigración.

*c)* La modernización paulatina de lo viejo, que en este momento además se espolea, con el ansia de dar a la ciudad un renuevo sanitario y campestre.

*d)* La circulación rodada productora de un grave colapso viario de la urbe.

#### A) El turista como agente promotor del más reciente urbanismo

**E**L fenómeno viajero, y empiezo por fijarme tanto o más que en el turismo internacional, en la explotación interior de inquietismo surgida a lo ancho de los últimos tiempos españoles, es en principio una muestra de bienestar.

Si comparamos el hoy de nuestros días con el ayer de nuestra misma infancia, en que el veraneo parecía un privilegio reservado a las familias acomodadas, vemos que todos lo entendían como un lujo, hasta el punto de que muchas veces ese veraneante privilegiado se sentía obligado a justificar su exceso con motivos medicinales buscados por igual entre las aguas milagrosas del balneario famoso y la brisa reparadora de las playas del Norte, donde poder practicar no el baño deportivo de la juventud actual, sino el preceptivo del veraneante añejo, que consistía en mojarse agarrado a la mano del bañero y llevando a la cintura el proverbial salvavidas de las calabazas.

Hoy, porque la gente ha sabido diferenciar lo que tiene de casquivano un veraneo sentado a las ruletas del Casino y lo que tiene de provecho a la salud y al rendimiento laboral una temporada de descanso, se ha venido a establecer, sin el nombre ya de turismo, un reposo que va desde el «fin de semana», el «puente» y las «vacaciones» hasta el veraneo fijo.

Y es evidente, que si esta generación busca en el campo, o en el monte, o en la costa, algo de lo mucho que a lo largo



de los años va dejando de tener en la ciudad, ese neourbanismo de estancia parcial ha de afanarse en ofrecerle aquello que perdió en las mallas de la gran complejidad moderna: la liberación de unos agobios sometidos a la prisa de la vida; la fuga a la presión mecanizada establecida por la distancia; la vuelta al sol y al aire, que le falta con angustia de asfixia entre los muros apretados de las calles; la entrega a la verde perspectiva, casi imposible de sobreponerse hoy a las nuevas exigencias del hormigón en masa; en una palabra, la calma física y espiritual que le ofrezcan de nuevo la esperanza de obtener para el alma y el cuerpo esa paz que hoy se le escapa a borbotones entre los dedos de su propia vida.

De ahí que el turismo, o el veraneo, o, si lo llamamos por su último propósito, el reposo, haya creado también su arquitectura; una arquitectura diáfana, como hecha para estar en contacto con la naturaleza; sin dimensiones superfluas que le esclavicen de nuevo a la angustia del tiempo y de un servicio doméstico que ya no existe, y ubicada en la paz de un paisaje tranquilo, vuelto de espaldas al ruido y al corto panorama de la calle.

Pero esta meta de reposo, y conste que al llamarlo así me refiero más a la recuperación psíquica que a la obtención física del descanso, no hubiera transcendido a la arquitectura de un modo tan veloz y tan enérgico, si desde el primer momento no hubiese contado con la ayuda de aquella palanca educativa cimentada en el contraste de los gustos nacionales (o si se quiere tradicionales de cada familia) con otras costumbres ajenas que permiten descubrir, aun a aquellas mentalidades ancladas por siglos en la rutina, el encanto que lleva la mochila del turismo si va descargada de todo lo superfluo.

Del contraste de gustos surge la simplicidad; la simplicidad como espacio, que es la que incide de un modo directo en la médula ósea del nuevo sistema arquitectónico, y la simplicidad como concepto que, al ponernos a medir la diferencia entre lo inútil y lo imprescindible, nos lleva a

considerar la vida entera como un turismo filosófico, en el cual cada día amanece con su sorpresa y cada sorpresa con su llamada a la necesidad de ir fortaleciendo nuestra capacidad de improvisación.

La simplicidad como espacio no es la renuncia a lo renunciabile, pues entonces sería una especie de vuelta al primitivismo, sino la valoración jerárquica de las necesidades humanas para saber distinguir las que creíamos símbolo de bienestar y no son más que símbolo del bien parecer, y para liberarnos de aquella sobrecarga que veníamos arrastrando con ríos de sudor sin compensación justificada.

En este sentido, y no en ningún otro, ha venido la arquitectura a convertirse en el mayor aliado del vivir actual; porque del mismo modo que la simplificación de la vida ha hecho que el viajero termine por reducir el equipaje, otra simplificación, que poco a poco lo invade todo, va haciendo que el hogar renuncie a la amplitud antigua de los espacios habitables (cómodos, sí, pero incompatibles con ese descanso que se busca y esa falta de servicio que se impone) y llegue a identificarse con el moderno apartamento.

Desgraciadamente, la especulación, que es la forma maligna de retorcer las buenas intenciones, se encarga a menudo de estrangular el paisaje dando al terreno un valor incompatible con la generosidad horizontal. Maldigamos al demonio de la usura y hasta pidamos a los Poderes Públicos una más agria legislación que impida el enriquecimiento de los unos a costa de la necesidad de los otros, pero no confundamos las cosas; no confundamos, por ejemplo, el daño a la salud y a la estética, que burlando la ley acarrea este aprovechamiento excesivo del suelo, con la dura acusación que muchos dedican a las torres y a los bloques concentrados.

Porque aquí llegamos a la otra simplicidad: la simplicidad de los conceptos.

Se dice que en las torres vuelve a sentirse hacinada la persona como en los ascensores de la ciudad; no es este el peligro si una buena ordenación mantiene inexorable la densidad generosa del conjunto y sabe compaginar la abierta perspectiva de los espacios libres con la cerrada masa del edificio; porque a veces, muchas veces, lo importante no es el aislamiento personal, sino la evasión de los prejuicios adheridos a la personalidad; lo importante es que nadie se robe a nadie el derecho a liberarse del cuello y de la corbata; el derecho a despreocuparse del vecino; el derecho a hacer lo que le dé la gana; el derecho a reírse de la hora fija, de la prisa y de las ordenanzas.

En una palabra, el derecho a improvisar la vida cuando todo a su alrededor se ha confabulado para enredarle en la tela de araña que muchos confunden con la civilización; porque, al fin y al cabo, el encanto de esta clase de estancias en busca de sosiego reside principalmente en lo que tienen de batalla ganada al reumatismo de las costumbres, por el aire juvenil de la invención.

Por eso, la arquitectura del turismo, cuando se vuelve de cara a la naturaleza y busca lo diáfano y jardinero, como después cuando se hace utilitaria y renuncia a la mentira social de las apariencias, lo que está ensayando es el modo de enrolarse en la pausa, en la salubridad y en la alegría que necesita una generación como la nuestra, acosada y vencida por el ritmo frenético de la ciudad; pero también lo que ensaya para alcanzar el encanto de un modo de ser más espontáneo, es su poco de postura improvisada.

No sé quién dijo una vez, que el más eficaz de los medios encontrados para ser feliz es darse a sí mismo la sensación de que está improvisando cada día su propia felicidad; conforme, pero esa sensación no puede ser improvisada, sino estudiada, muy estudiada, como todas las cosas que se hacen de piedra; y medida, muy medida, porque el arquitecto no puede ser dictador de los gustos ni siquiera cuando se ampara en esas palabras solemnes de «felicidad» y de «belleza», que algunos definen como bienes supremos,

entre otras razones porque ni siquiera los filósofos nos han sabido decir en qué consiste la belleza y la felicidad.

La tienda de campaña, por ejemplo, es una improvisación, pero no es una arquitectura. Sin embargo, la tienda de campaña es una lección importante para los arquitectos en materia de simplificación; está hecha para la juventud y ahí no puede llegar la arquitectura, pero está hecha para la máxima utilización en torno a unos elementos sustanciales de uso, de clima, de paisaje y de reposo, y ahí sí puede llegar ese hombre que hemos dado en llamar architécnico y le debíamos llamar también archisociólogo, porque está destinado a hacer girar la vivienda alrededor del gusto y las necesidades, principalmente cuando las necesidades y los gustos del hombre han dejado de ser individuales para convertirse en sociales.

El aspecto arquitectónico de esa faceta turista y veraneante se ha de caracterizar, en consecuencia, para sentirse de acuerdo con las soluciones requeridas por el hombre que lo va a utilizar, por una extensión de terreno concebida en jardín colectivo, no precisamente en jardín domesticado por la geometría al estilo de Le Nottre, sino en zona de aparente anarquía paisajista, como esa que el brazo de Dios, desde el séptimo día de la creación, dejó salpicando de gozo en todos los rincones de la tierra.

Una estancia, por tanto, de poco asfalto y mucho espacio verde; pocas vías de circulación rodada y muchas veredas de tránsito humano; poco alinear los edificios a la orilla de la calzada, como si fueran soldados en formación cuartelera y mucho buscar la orientación del sol y el descanso visual de la perspectiva.

Buscar la orientación del sol es proyectar con la brújula en la mano; pero si muchas veces no basta con invocar la orientación para tener resuelto el problema solar, porque al concebir el edificio a modo hotelero—en apartamentos desarrollados a derecha e izquierda de un pasillo central de distribución—nos encontramos con que si unos se aso-

man a la fachada bien orientada, los otros, en cambio, tienen la orientación mala, debemos resolver este obstáculo llegando a soluciones (que yo mismo he ensayado con éxito y ahorro del espacio perdido en los pasillos centrales de acceso) que consisten en dar habitabilidad, comunicada por escaleras interiores, a piezas colocadas en distintas fachadas (1).

Todo antes de sacrificar la conveniencia a la rutina; porque, al fin y al cabo, si el hombre trata de escapar a esa especie de campo de concentración sin salas de enfermería que va siendo la ciudad moderna, es porque el hombre de hoy, ese hombre que por una razón o por otra no tiene más remedio que vivir entre los muros espesos de la ciudad, sale al encuentro de la naturaleza, no porque sea un poeta del siglo XVIII dispuesto a exaltar las florecillas del campo, sino porque es un náufrago al borde de la esquizofrenia y anda a la busca de su propia salud.

La arquitectura, pues, en esta parcela del turismo se tiene que vestir con bata de médico psicólogo y acercarse al problema con ojos de comprensión.

---

(1) Complejo turístico actualmente en construcción en la isla de los Pensamientos, de Cullera (Valencia). Arquitectos: José Luis de Arrese, José Manuel Bringas y Eugenio Casar.

## **B) La inmigración provocando el más atropellado crecimiento urbano**

**H**E hablado primero de la urbanización encaminada a resolver los fenómenos humanos que se encierran en el turismo, por una razón importante; porque en cierto modo, en el cierto modo de su juventud y por tanto de su modernidad, nos está sirviendo de campo de experiencia a los diversos problemas que, siendo comunes, encuentra el profesional cuando intenta enfrentarse con los otros motivos señalados arriba: las situaciones nacidas por ese crecimiento inusitado de las ciudades provocado por la inmigración masiva del campesino; la obligada renovación de todo aquello que el tiempo convierte en ruinoso o en inservible, y el sometimiento de la ciudad a las exigencias de la circulación.

Pero así como el caso del turismo nos lleva a fijarnos como es natural en las zonas turísticas del país, en los párrafos destinados a la urbanización, bien porque esté provocada por mandatos de la demografía, o por imperativo de los años, o por aumento de la circulación, hay que volver a la ciudad. Y como no es cosa de ponernos aquí a hablar en barullo de todas las ciudades a la vez, permitidme que limite el análisis de ambos problemas a la capital de España, porque en ella se dan con más acusados caracteres las causas y el efecto del oficio urbanizador.

Madrid, residencia del Estado y de la Administración, ha sentido en sus mismas ilusiones los vaivenes de dos criterios opuestos: el de los que soñaban con hacer de ella

una ciudad washingtoniana, dedicada por entero a poseer las cualidades tanto de prestancia, como de serenidad, que precisa para no ver alteradas sus funciones de capitalidad, y el de aquellos otros que pretendían añadir a su realidad de centro administrativo de la nación otra serie de realidades, más o menos artificiales, de las cuales la más desastrosamente decisiva era la industrial.

Estas dos concepciones llevaban el problema urbano a dos extremos antagónicos: un Madrid limitado y bello, o un Madrid gigantesco con soluciones difíciles, porque la bola de nieve aumenta al mismo tiempo en tamaño y velocidad. Probablemente, fue el mismo planteamiento que debieron hacerse Niemeyer y Le Corbousier cuando les encargaron la concepción de las dos capitales de Estado más recientemente nacidas, Brasilia y Chandigarh; pero Le Corbousier y Niemeyer proyectaron ciudades para medio millón de habitantes, y Madrid, que estaba en su ideal del millón, salió disparada a la diana más alta de todas las ambiciones (1).

No quiero ocultar que si toda mi vida he sido apasionado, fui también esta vez partidario acérrimo de uno de los dos bandos, el de los que creían en la necesidad de tener, para no superponer problemas casi contradictorios, un bello Madrid y no un gran Madrid; y tampoco debo silenciar, que en esta, como en otras muchas ocasiones, he formado en el bando de los derrotados.

Batallas perdidas fueron la reconstrucción de la Ciudad Universitaria y la industrialización de la periferia urbana.

La Ciudad Universitaria tenía un comienzo cargado de aciertos, tanto en el propósito de su egrerío promotor, como en la pericia de su equipo técnico; pero estaba soñada para unos días en que aún no se oían palabras de agigantamiento urbano. En cambio, diez años después, cuando en 1940 se

---

(1) En 1959 se llegó a los dos millones, y hoy andamos ya por los tres millones de habitantes.

empezaron a hacer cada vez más fuertes las voces partidarias de un crecimiento ilimitado y, por otra parte, las destrucciones de la guerra pusieron un claro interrogante a la futura utilización de las ruinas, fue el momento de considerar los riesgos que vendrían cogidos de la mano con el nuevo tamaño de Madrid, y ver si convenía aprovechar la reconstrucción para otros fines más compatibles con la necesidad precisa en toda sede administrativa, como, por ejemplo, la investigación superior (y entre nosotros está el hombre que hizo carne de su carne ministerial, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas) o la nueva instalación de la propia sede administrativa, bien en sus órganos rectores, o bien en su función diplomática.

En todo caso, la Universidad, que apenas tenía 95 años de historia madrileña, y la Ciudad Universitaria que, en un sitio o en otro, se debía levantar para sustituir los viejos caserones de San Bernardo y de San Carlos, se podía llevar con su bulla de juventudes y su magnífico riesgo de algaradas estudiantiles, a la próxima Alcalá de Henares, enlazada por los siglos al mejor abolengo europeo de la enseñanza y suficientemente cercana a la capital como para convertir su distancia en los escasos minutos de una moderna comunicación.

Pero no se hizo; y como al fin todo en esta vida tiene su lado positivo, sirvió para que al margen del acierto, o desacierto, de añadir este elemento de alegre turbulencia a las diversas inquietudes de una capital de Estado, nos trajera una buena lección urbanista el desarrollo en el sitio elegido de un conjunto de edificios no destinados al hogar, el ver que una zona verde de su importancia era capaz, por sí sola, de limitar el crecimiento incontrolable de Madrid, hasta el punto de hacer que lo surgido al otro lado de ella ya no fuera una continuidad en mancha de aceite, sino otra serie de núcleos urbanos (ciudades satélites o ciudades dormitorio) y no suburbios, que de mal en peor acabarían llegando a los trágicos barrios de latas que a todas las ciudades monstruosas rodean con áspero abrazo de pulpo.



Un cinturón verde de quinientos metros de profundidad, usado para fines de enseñanza, o de deportes, o de exposición y feria, pero no para edificios de habitación, hubiera conservado la capital de España en todas sus características.

Pero sucedió que en lugar del cinturón verde así aprovechado, se hizo un cinturón negro de tipo industrial, y se produjo el salto definitivo desde la orilla de lo bello y sereno, hasta la orilla de lo grande y multitudinario.

La industrialización ha venido siempre marcada por razones de cercanía a los núcleos productores de materias primas o a los centros para la distribución y consumo; en ambos casos se trata de reducir los viajes del ciclo productivo. Pero no se puede estudiar el proceso industrial como un ente aislado y autónomo, porque tiene problemas que vienen consigo y pueden interferir otros problemas diferentes.

Madrid, desde Felipe II, tuvo una razón propia de existencia y unos problemas propios derivados de su razón de ser, que no convenía mezclar con otros nuevos de creación artificial. Ciertamente, Madrid será cada día un centro geográfico de mayor consumo, pero no porque vaya creciendo al ritmo de su capitalidad, sino porque va multiplicándose al paso incesante de su industrialización.

El caso de Madrid ha llegado a ser «el problema del hombre que no tenía problemas». Porque la industrialización, que hubiera estado mejor repartida entre tantas ciudades provincianas que se mueren de aburrimiento, nos trajo una inmigración laboral, y la inmigración, con un carrusel de necesidades y entre ellas la necesidad de alojamientos, un estallido de urbanizaciones atropelladas para eliminar el paisaje chabolista de los hombres sin suerte.

Esto fue lo que determinó en 1959 la necesidad de trazar un Plan de Descongestión de Madrid (1), pero el Plan de

---

(1) Discurso pronunciado en Madrid el 16 de marzo de 1959, para iniciar el Plan de Descongestión de Madrid.

Descongestión no se orientaba a la ordenación urbana, sino al freno necesario para librarnos un día de encontrarnos en un inmenso suburbio, en el cual, lo que aún nos quedara de recuerdo a su capitalidad, viniera a ser algo así como el tonto del pueblo, encargado de recibir todas las bofetadas.

Pero sea por una razón o por otra, lo cierto es que mientras el Plan de Descongestión sigue preparando en Guadalajara, en Toledo, en Aranda y en Alcázar de San Juan, polígonos-ventosa que vengan a salvar la capital, Madrid se sigue industrializando y se sigue convirtiendo (sin demasiada esperanza de hallar a tiempo el purgante necesario para resolver el atracón), en una ciudad tremenda, llena de encrucijadas y de calles estrechas, que se hicieron un día a medida del hombre y ahora resultan incapaces de albergar tanto motor, tanto ruido y tanta prisa.

En consecuencia, es hoy más necesario que nunca apresurarse a una urbanización encargada de resolver los problemas debidos a la expansión ciudadana; y estos problemas, lo mismo para aquellos habitantes que se deciden a usar las afueras, e incluso las lejanías, al objeto de hallar el reposo necesario y conciliar el sueño, como para aquellos otros obligados a vivir en el interior de la capital, requieren un conjunto de soluciones, ante las cuales no podemos sentarnos a hablar con el reloj parado hasta ponernos de acuerdo en las que un día pudieran ser buenas y hoy, por lo menos, son viejas.

### **C) La modernización de lo vetusto como nueva ocasión urbanizadora: el barrio**

**N**O quiero seguir hablando de la urbanización que reclama con urgencia el crecimiento de la ciudad, provocada en esencia por el duro problema social de la inmigración campesina, porque a su lado, sin casi lejanía de resultados aunque con absoluta separación de orígenes, hay otra reclamación urbanística tan paralela que no se la puede diferenciar al menos sin riesgo de confusión: la producida por el límite vital de los edificios, que, como las personas, tienen su edad avanzada y su muerte natural o violenta.

Como a todo lo encanecido por los años, hay que llegar a esta clase de ancianidades con muchísimo respeto, porque a veces, muchas veces, las estrechas callejuelas y los edificios viejos son como los pergaminos que acreditan la hidalguía de los pueblos, y entonces, en lugar de pensar en el cambio de lo ancestral por lo nuevo, lo que debemos hacer es respetar esos barrios considerándolos como auténticos museos urbanos que nos ligan al pasado con orgullo de limpia ejecutoria.

En este sentido, merece un recuerdo de alabanza el esfuerzo que Barcelona está realizando para conservar o mejor aún para resucitar el barrio gótico de la ciudad.

Pero no confundamos el tipismo con la suciedad; ni los años de lo simplemente viejo con el modo de llegar con la punta de los dedos a la gloria y al arte y a la historia del

pasado. En general, la suciedad y la vejez, aunque se adorne con ribetes de casticismo, sólo sirve para que los turistas interpreten a España como un inmenso figón de arrieros mal hablados y los españoles sigamos viajando en el tope de los mercancías internacionales.

A estos paisajes tristes me refiero cuando digo que la renovación de lo viejo y lo ruinoso nos trae la exigencia de un nuevo pensamiento urbano; porque si una parte de Madrid que hoy se levanta en el extrarradio se construyera en el mismo sitio que en la actualidad ocupa, sin historia y sin gracia, la aglomeración urbana originada allí durante los últimos siglos, conseguiríamos varias cosas importantes: no arruinar al municipio con varios kilómetros más de calles y de servicios; no desparramar inútilmente las energías humanas; no dar un valor ascendente a la cochambre y a la especulación a costa de un centrismo cada vez más inconscientemente provocado; y, sobre todo, incorporar las zonas interiores de la ciudad a las técnicas de una moderna concepción.

Porque al hablar de ir renovando de este modo el sórdido paisaje urbano (que a fuerza de retorcer nuestra literatura de compasión nos hemos acostumbrado a llamarle únicamente «barrio bajo») por otros modernos de acuerdo con las condiciones sociales, sanitarias y estéticas de hoy, lejos de referirme a la casa aislada que por razones de ruina o por afán negociante se derriba para construir sobre el mismo terreno otro edificio mejor aprovechado, me refiero a la renovación de zonas enteras (como los famosos «islotes» que un día (1) me enseñó en París el Ministro de la Construcción de Francia, M. Sudreau), que teniendo superficies inadecuadas, laberintos viarios inadecuados y condiciones sanitarias inadecuadas nos están invitando a acometer, con toda energía, los planes parciales de ordenación interior que la persona humana y la misma villa necesitan para ver satisfecha su dignidad.

---

(1) Visita oficial realizada a Francia en septiembre de 1959.

Cuando la «Organización Mundial de la Salud», que no habla del incremento urbano para solaz de arquitectos y arquitecturas, sino para dar a la sociedad humilde un respiro de felicidad, afirma que en el próximo cuarto de siglo, las ciudades de todos los países se verán obligadas a construir tanto como lo hicieron en los últimos mil años, no se refiere sólo al esfuerzo constructivo que se ha de realizar para absorber el crecimiento demográfico debido a la inmigración, aunque el éxodo agrario sea el fenómeno más agrio y melancólico de todos los fenómenos actuales; recuerda también la necesidad de acometer enérgicamente la renovación entera de esos barrios que ubicados en el centro o en el suburbio permanecen fosilizados en la miseria; porque también en ellos nace, vive y muere una Sociedad humana que al sentirse excomulgada del bienestar y de la civilización se niega a creer en esa civilización que le desampara y a permitir a los demás el pacífico disfrute de ese bienestar que a ellos les está negado.

Incorporando así el problema de la renovación a la fórmula primaria de la expansión ciudadana para resolver, sin abiertas desigualdades, el alojamiento de todos los necesitados de hogar, surge, como una manera de ayudar por igual a la angustia del provinciano que llega cargado de incógnitas a la ciudad y al propio habitante arraigado por siglos en ella, un nuevo factor de insospechado alcance en la solución urbanística: el barrio.

Porque si he interrumpido lo que antes empezaba a leer sobre la necesidad de apresurarse a resolver el crecimiento de la ciudad, es por un conjunto de motivos razonables.

En primer lugar, como acabo de decir, porque en vez de mirar esa necesidad como un aliciente solitario para iniciar con denuedo la expansión territorial en favor exclusivo de los emigrantes, debemos tomarla como una ocasión oportuna para acudir en socorro también de los que siempre han vivido en el torvo paisaje de un sucio arrabal; ya que al fin y al cabo lo que hacemos al estrenar nuevas

ordenaciones urbanas es ofrecer una vida mejor a las masas castigadas por la suerte, y esta vida mejor ha de ser para todos: para los que vienen de fuera y para los que están dentro.

En segundo lugar, porque el único modo eficaz de resolver los problemas es plantearlos con lógica y, en este caso de tanto suburbio y de tanta familia ligada al arroyo, lo justo es llevar el concepto urbanístico moderno a las zonas miserables de la villa en vez de perpetuar la tristeza de los viejos paredones y de inventar para aquellos de sus huéspedes que aspiren a vivir con ambición legítima de bienestar, la nueva figura social de «emigrante del interior».

En tercer lugar—y aquí viene a ocupar «el barrio» todo su lugar preferente en la ciudad—porque el urbanista que, según la medida de sus ambiciones, andará siempre oscilando entre dos tendencias extremas, la del sueño imposible que pretende realizar toda la urbanización a la vez y la del brazo encogido que apenas alcanza a trazar una avenida cualquiera, tiene un panorama espléndido si observa que una ciudad, cuando llega al tamaño y a la edad de Madrid, no se puede dejar ciertamente de mirarla como una unidad urbana, pero tampoco empeñarse en seguir haciéndola girar en torno a la Puerta del Sol.

En la vida moderna de las grandes ciudades, se hace más verdad que nunca el hecho de que en vez de ser una aglomeración única, con una urbanización basada en la cómoda fórmula de ir añadiendo a su perímetro inicial una serie indefinida de fajas concéntricas, es una suma de ciudades; y que una ciudad monstruosa en el tamaño acaba siendo también monstruosa en el concepto, si en vez de reconocer que, queramos o no queramos, el hombre acaba acortando su radio de acción a una parte de la ciudad, nos empeñamos en hacerlo habitar toda ella.

De ahí que «el barrio» cobre de pronto un valor extraordinario y podamos decir que en buen criterio urbanizador se ha de iniciar la conquista del futuro planeando las cosas

como son o como deben ser, y operando la ordenación urbana no de golpe ni yendo de calle en calle, sino de barrio en barrio.

Porque tanto la apartada ciudad satélite, como la más acercada ciudad-dormitorio, y la misma expansión tangencial, no son otra cosa que nuevas posiciones geográficas del antiguo barrio, que antes como ahora es el encargado, por un lado, de dar unidad a la urbe en todo su complejo exterior, y por otro, en dar autonomía a la familia en todo su afán de intimidad.

En resumen, cuando una ciudad ha crecido tanto como para hacer que el hombre que habita en un extremo de ella sea un extraño del que habita en el otro rincón, es preciso reconocer que se ha roto el principio asociativo que la fundó; y estando vigente como el primer día el hecho de que el hombre es un ser sociable por naturaleza, hay que resolver esa ruptura por el único medio que admite pegamento social; por el de considerarla como una especie de federación de barrios o ciudad de ciudades; sólo así, amoldando el horizonte de su geografía al espacio vital de las actividades humanas, se hace posible resolver la exigencia de dar a la persona su verdadera dimensión y alejarla del triste peligro de acabar considerándose a sí misma hormiga de un hormiguero.

Una vez más, por tanto, la Sociedad manda sobre el urbanismo; y la arquitectura es el lazo de unión entre los dos. Es decir, una vez más el arquitecto es un estudiante del ser humano para elevarlo a causa y hacer de su tablero de dibujo una fábrica de efectos.

#### **D) La circulación rodada como origen de un grave conflicto urbano**

**S**I detuviera aquí la relación de motivos que han alterado el mundo actual hasta llevarlo a provocar un cambio absoluto del panorama urbano, y me conformara con haber presentado el turismo como factor de nuevas perspectivas frente al quietismo anterior, y la inmigración como impulso para rescatar la familia de la intemperie física y moral que le rodea, y la modernización de todo lo turbio y envejecido como fórmula en busca de una ciudad mejor concebida, habría tocado tres puntos esenciales pero sería incompleta mi exposición, porque aún quedaba la menos humana, pero la más agria consecuencia urbanística en orden al reajuste de un nuevo procedimiento de vida: el vehículo.

Podría decir que en aquellas tres características primeras se contenía el esquema de casi todas las causas que han acabado por llevar la arquitectura y el urbanismo de hoy a conceptos diferentes a los del siglo pasado; y hasta pensar que habían llegado a trazar un esquema de los efectos que el hombre ha buscado para darse a sí mismo sus propias soluciones, pero nada más; porque si bien es cierto que esas características han traído problemas que terminaron por acorralar al habitante de la ciudad en una serie de reflejos angustiosos, también es cierto que le han infundido a la vez un ansia especial de salvación.

Así, la psicosis de su propio empequeñecimiento ante el gigantismo de la urbe, le ha conducido a valorar el barrio



como una nueva medida del espacio a utilizar; el ruido y la contaminación de la atmósfera le ha hecho soñar con hogares situados en zonas de reposo; la opresión visual de calles cerradas a derecha e izquierda por bloques de casas concebidas en muralla, le ha llevado a la necesidad de romper el encierro para huir al concepto carcelario que le obsesiona; el proceso sanitario que le angustia con el paisaje adusto de una ciudad superasfaltada le ha inducido a recordar el campo y hacer de su terraza un remedo de jardín.

Pero, repito, quedaba incompleto porque a estos problemas esenciales hay que añadir uno, la aparición del automóvil, que agudiza la importancia de todos los demás; y lo agudiza no tanto por el hecho incuestionable de su propia entidad revolucionaria, como por coincidir en el tiempo y en el espacio con el otro suceso extraordinario de nuestra época: el crecimiento excesivo de la ciudad, que ha transformado la cuestión en un verdadero círculo vicioso.

Pues si tenemos por un lado al automóvil, convirtiendo en estrechas todas las calles, vemos por otro que el crecimiento de la ciudad ha hecho necesario su uso; y si nos hemos encontrado por un lado que el automóvil ha empuñado al hombre hasta hacerlo víctima del sobresalto, tenemos que reconocer por otro que ese hombre sigue siendo el protagonista de la vida, sin el cual sobra la ciudad y la circulación.

Por tanto, no bastaría con decir aquí lo que antes llamaba reflejo siniestro de los problemas que de vez en cuando angustian a la Sociedad, pero le llevan al ansia de buscar su salvación, porque si es evidente que la prisa marcada por la distancia le hace necesitar unas vías de circulación rápida, también lo es que un concepto de vida normalizada le trae la necesidad de rutas sin prisa y, en consecuencia, nos encontramos con que en realidad mientras todos los problemas de urbanismo tienen en sí el planteamiento y la solución, estos de la ciudad y el vehículo están tan íntimamente trabados que todo se puede hacer con ellos menos

partirlos como una manzana y empezarlos a mirar como dos mitades independientes.

Me vais a permitir por ello que mezcle los dos significados y hasta que sea confuso en la mezcla.

Antiguamente, los pueblos se hacían en torno a un centro cívico o plaza mayor que surgía como símbolo de una voluntad colectiva de estancia; luego se extendían a lo largo de las carreteras como iniciando un principio andariego; y hoy se monta a la rueda del motor como si algo trajera al universo un afán de nomadismo. Si queremos volver a la estancia primitiva, sin volver al quietismo primitivo, tenemos que admitir la historia pero también, y casi estoy por decir que esencialmente, su sedimento; y si al hablar del barrio hemos presupuesto el centro cívico, ahora al hablar de vehículo tenemos que suponer el camino, porque la urbe en continuo crecimiento ha hecho que el barrio sea el módulo exacto de su utilización y el automóvil sea el más urgente y monstruoso de todos los problemas que amenazan—si no lo resolvemos pronto—con dejar incapaz a las ciudades para el uso de la vida.

Como este discurso no pretende buscar las soluciones al caos que en torno del hombre se plantea, sino las relaciones de ese hombre con su propia vida para no llegar al caos, sólo diré, en consecuencia, que tanto el núcleo nacido lejos de ella con propósito de resolver su expansión, como el fronterero que surge, no como intento de solución, sino como muestra de crecimiento, deben tener en materia de circulación dos pensamientos paralelos: uno, convertir la urbanización interior de los nuevos sectores, ya sean distantes o periféricos, en núcleos urbanos completos pero con circulación no motorizada; y otro, unirlos en cambio entre sí y con el casco central de la ciudad, por verdaderas autopistas, en las que sea el peatón a quien esté vedado el uso.

Es decir, diferenciar de una vez, ya que ha sido el automóvil quien ha venido a ocuparlo todo, los límites reservados al transeúnte y las vías dedicadas a la velocidad.

Porque es preciso distinguir lo que es el hombre necesitando el coche como modo de urgencia en el transporte y lo que es el hombre usando la calle en el tránsito normal de su vida; y hacerlo pronto, pues si no marcamos en seguida las diferencias, ni el coche servirá para llegar a tiempo a ningún lado, ni el hombre podrá utilizar las calles para otra cosa que aspirar a morir en ellas, de un colapso o de un atropello.

En consecuencia, como la ciudad no puede prescindir del hombre y el hombre (que no puede prescindir del hogar) tampoco puede, si la ciudad es grande, prescindir del automóvil, resulta que la ciudad tiene que establecer un pacto urbanístico en función de las dos posturas que configuran la estancia en ella: la postura en reposo, vinculada al hogar y su contorno, y la postura en movimiento, vinculada a la calle y su función, que unas veces debe estar al servicio del motor y de la velocidad y otras al uso del tránsito humano y pausado.

Así, del mismo modo que he señalado antes al barrio como producto y solución urbana para estrechar la relación del hombre con el hombre y su contorno por medio de la vecindad, ahora puedo decir que también el vehículo puede ser un producto venido a resolver el acercamiento del barrio con el barrio y al mismo tiempo respetar su fisonomía; por tanto, al hablar del pacto urbanístico ideal de la ciudad moderna debemos referirnos lógicamente al barrio y al vehículo, pero siempre partiendo del hogar y de la vida como substancia inicial de ambos productos.

Que el edificio y la calle han sido siempre los componentes básicos de la ciudad, ya lo sabemos; pero como anteriormente estaban orquestados por una concepción más al alcance de todas las distancias, y por una realidad menos trepidante de la actividad vital, los edificios y las calles tenían otras características diferentes. Las calles, todas las calles, servían a la vez al coche y al peatón, a la prisa no demasiado agobiante y a la pausa vinculada unas veces al paseo y otras al entretenimiento del escaparate; los edificios se asomaban a

la acera de las calles, como las mozas salen, ya preparadas al piropo, a sentarse en el poyo exterior de sus portales.

Estas dos características provocaban, por un lado, una ordenación urbana de calles rectas y dispuestas en cuadrícula; y, por otro, unas ordenanzas municipales encaminadas con exceso a mantener todos los edificios dentro de una disciplina uniforme; disciplina de alineaciones y de salientes; disciplina de alturas unificadas para las plantas bajas y las cornisas finales; disciplina, incluso, de establecer jerarquías sociales para las diferentes plantas de cada edificio.

Pero hoy, siendo distinta la orquestación, tienen que ser también distintas las preocupaciones arquitectónicas de los dos factores iniciales (calle y edificio) de la ciudad; y como se ha llegado, por razones de crecimiento, a una parcelación urbana de busca y valorización del barrio o polígono, es dentro de este núcleo primero donde nos tenemos que situar para hacer frente a las nuevas circunstancias de la vida actual.

## Resumen

en torno a lo expuesto y esquema de la solución «Lacustre»  
al problema de la expansión visual

**V**OY a terminar esta larga y un tanto deslavazada encuesta, realizada sobre el hecho tantas veces repetido en la historia de que una evolución en los gustos familiares y sociales modifica sustancialmente la arquitectura del hogar y de la urbe, con algo que pudiera parecer resumen de todo lo dicho hasta aquí, pero que en realidad quiero llevarlo a servir de homenaje a la labor iniciada por esa magnífica legión de arquitectos que, sin darse cuenta, van convirtiendo en unánime el salto mortal que en el trapecio estético de nuestros días se está produciendo.

Debo repetir una vez más que si ciertamente han sido muchas las razones por las cuales el hogar ha dejado de ser un espacio convencional, y muchas también las causas del urbanismo de hoy, lo más característico o, por mejor decir, lo más espectacular de la diferencia radical que separa los tiempos modernos de los últimos aspectos del siglo XIX, se vinculan a dos preocupaciones esenciales: el polígono o barrio, como parcelación que intenta volver a la medida de las ciudades clásicas, y la circulación rodada, como problema que arrastra consigo un conjunto de nuevas y graves preocupaciones.

No digo con esto que las demás sean inquietudes de segunda categoría; más aún, debo reconocer que son ellas las que, rozando las normas arcaicas del hogar y su contorno, han dado a la ciudad un sello audaz de profundo personalismo en busca de un aire más jovial y más independiente. Así, el destierro de todo ese falso y pesado equipaje de ficción que acompañaba a la familia del novecientos; la desaparición paulatina del servicio doméstico; la repulsa al aspecto de colmena que iba adquiriendo la urbe, y el contraste de unas costumbres de otras ajenas, han constituido una verdadera evolución filosófica y una auténtica novedad social, llegando no sólo a modificar los tres elementos sustanciales de la población (los edificios, las calles y las zonas verdes), sino también a dejarlos fuera de toda continuidad con el pasado, hasta el punto de hacer que ya nadie pueda relacionar las maneras constructivas del presente con las de hace apenas los años que van transcurridos en el siglo actual.

Las fachadas, por ejemplo, en lugar de estar concebidas como antes en conjuntos de unidad monumental, cuyo destino parecía llamado a abolir la primacía alegre de la vida, son ahora un puro y diáfano hueco que, repitiéndose en planos superpuestos, una vez semejan invernaderos y otras jardines abiertos en grito de gloria hacia el futuro. Las calles, que antes tenían misión de servir al transeúnte como lugar de paso o de paseo, hoy, al imponerse en la ciudad el torrente circulatorio, apenas son otra cosa que cauces angostos para la circulación rápida; las zonas verdes, por último, que antes parecían inventadas para recreo de niños, exhibición de mocitas casaderas y deleite de aficionados a las bandas musicales, hoy son los pulmones de la ciudad.

Y, como era natural, estos cambios en el modo de servir a la población han venido acompañados de otros en el modo de hacer la arquitectura.

Quizá uno, el más directamente relacionado con la salud del hombre en el hogar sea el provocado no ya como

acabo de señalar por las fachadas abiertas y cristalerías, sino por la ubicación de los edificios en relación a la calle; porque esos edificios al caer en la cuenta de que la calle ya no les sirve para lo que antes era, han dejado de seguir estando en función de ella para ponerse en función de su auténtico usufructuario, el hombre.

De este modo, en lugar de sentirse obligados a guardar la alineación de las fachadas y la uniformidad de las alturas, han decidido orientarse en función del clima y del paisaje que el hombre necesita, y en vez de someter la superficie construida a la seca geometría de las cornisas y a la estricta alineación de las aceras, han permitido hermanar su medida de edificación, con el juego de las alturas y del retranqueo, consiguiendo así que la arquitectura, al arrumbar esa parte de lastre que le llevaba a tener un exceso de ciencia exacta, ha terminado por recuperar mucho de lo que iba olvidando en su augusta misión de sentirse sobre todo una ciencia humana.

Pero también son importantes, y de importancia suprema, dos novedades traídas a la vida por el hecho de que la calle haya dejado de estar al servicio del hombre y se haya entregado a las órdenes del automóvil. Una es que ya ha perdido valor para el reclamo de los escaparates, y otra es que poco a poco, a fuerza de recortar al hombre todo su espacio circulatorio, va quedando también inservible para el uso del transeúnte.

Las soluciones a tales problemas van adquiriendo en las nuevas construcciones perfil cada vez más acusado. El comercio, al buscar otras fórmulas de venta, se entusiasma cada vez más con el centro comercial, situado en lugares estratégicos de reunión lejos del peligro y del barullo circulatorio, ya que por ellos dejaba de ser utilizado en el paso del futuro comprador. El hombre, al verse arrebatado incluso de su antiguo placer del callejeo y contemplar con horror que el espacio verde a la antigua usanza, el parque, se bate en retirada ante el empuje arrollador de la masa

edificada, mira también a derecha e izquierda para encontrar el modo de salvar su situación.

Y el modo, hasta ahora, radica en algo que merece unas líneas finales por estar relacionado con la solución adoptada por los comerciantes y por estar además en relación con la propia angustia que la ciudad gigante va produciendo en el ánimo del hombre, hasta dejarlo reducido a la triste condición de número encerrado entre el riesgo del motor y el recinto amurallado de las calles.

Si por un lado el comercio mira con creciente tentación a los centros comerciales, y las plantas bajas que deja no pueden despertar el apetito de los que buscan hogar, por el ruido, la humedad y la penumbra que las acompaña, y por otro lado el hombre necesita, con ansia de enfermo mental, tener a la altura de su vista un largo horizonte recorrido a la mirada, sólo nos queda una audaz solución si no pretendemos seguir aumentando hasta el caos el aspecto carcelario que las calles tendrían sin la alegre presencia de los escaparates: levantar los edificios, al estilo primitivo del sistema lacustre, sobre los pilares de la planta baja y dejar diáfanas estas plantas bajas, que por estar a la altura visual del paseante le pueden ofrecer la perspectiva más larga que sea posible tener en una ciudad.

Así, esta planta, concebida como esqueleto sin matizar y aprovechada para hacer que los jardines se prolonguen a través de ella por debajo de la construcción, se convierte en factor psicológico de liberación y en elemento real de esponjamiento, porque nada hay más necesario para romper el cerco que pone la ciudad sobre el sistema nervioso del hombre, como eso de abrirle el cinturón de muros que por todas partes lo cierra y lo hace sentirse metido en un inmenso manicomio colectivo.

Donde más he podido apreciar la obligación de plantearse el problema con toda amplitud para huir del grave peligro que nos llevaría a taponar la vista a una ciudad entera que



se alegraba de poseer uno de los mejores paisajes, fue en el proyecto que, junto con mis compañeros Bringas y Casar, hicimos para dotar al maravilloso conjunto urbano del Puerto de la Cruz, en la isla canaria de Tenerife, de ocho mil viviendas y apartamentos en torno a un futuro paseo marítimo, porque hubiera dejado a la típica zona primitiva ciega de vistas al mar si no hubiéramos decidido levantar toda la parte proyectada no sólo sobre torres aisladas y distanciadas entre sí, sino, lo que es más atractivo, sobre una planta baja concebida en pilares y en jardines cubiertos para dejar poseyendo a la ciudad el magnífico espectáculo atlántico (1).

---

(1) Proyecto de Paseo Marítimo y Ordenación Parcial de la zona costera del Puerto de la Cruz (Tenerife). Arquitectos: José Luis de Arrese, José Manuel Bringas y Eugenio Casar.

## Palabras finales

**S**EÑORES Académicos: pudiera continuar estas palabras indefinidamente porque el tema es abierto a los cuatro horizontes de la Arquitectura; pero he tratado sólo de hacerlos ver cómo el hogar está en función de la familia, y la urbe en función de la masa social, y cómo la familia y la masa utilizan en cada momento histórico las armas que le sirven mejor para defenderse de los grandes sucesos que surgen en su vida como otros tantos acaeceres imprevistos y gloriosamente necesarios, y debo dejar de exponerme a seguirus cansando todavía más.

Hoy estamos ante una serie de hechos, tanto individuales como sociales, tanto espirituales como materiales, que obligan al hombre a someterlos a su consideración, unas veces para aceptarlos y otras para domesticarlos; y el hogar y la urbe son motivos de convulsión, pero sobre todo instrumentos maravillosos que el hombre tiene para seguir sintiéndose artífice de su felicidad y de su futuro.

Perdonadme, pues, que haya hecho un discurso tan a vuelo de alondras, como este sometido ahora a vuestra consideración; pero es que los grandes problemas de la vida, como al Santo Patrono de un lugar, hay que llegar humildemente, casi de rodillas, sin pretensiones de águila y menos todavía de pavo real; y si todo problema que se acerca al hombre es importante, este que da límite y perfil al contorno de su propia vida, esto que al fin y al cabo le ha de permitir

o no, vivir con un poco de alegría, es de trascendencia tal que se ha de tratar no con palabras de fuerza altisonante sino cordialmente, cariñosamente, sabiendo que muchas veces es en el corazón donde residen la mayor parte de las soluciones.

El arquitecto sabe que los problemas del hogar y de la urbe están en función de la familia y de la masa; pero sabe también que en sus manos está, junto a la fría matemática del cálculo y la pura elegancia de unas líneas trazadas con arreglo a un estilo más o menos depurado, la felicidad que las gentes esperan de nosotros.

No es el hombre para el hogar ni el pueblo para la urbe, sino al revés; y por eso hemos visto que muchas veces, un momento de insinceridad colectiva, hizo la vivienda insípida; y una vivienda sin sabor trajo al regazo de una vida familiar hecha para las mejores empresas, un poco de malestar; y hemos visto también, por el contrario, que muchas veces para explicarnos las páginas más redondas de la historia, tenemos que recurrir a la interpretación de las líneas trazadas por los mejores artistas.

Por eso, señores, ha sido un honor para mí hablar en esta Academia. Porque alrededor de las Bellas Artes se congregan los hombres que han dedicado su inspiración y su vida, a hacer de su trabajo un arte; y de su arte, un sueño cargado de bellezas.

**CONTESTACION DEL  
EXCMO. SR. D. CESAR CORT**



**H**IPODAMO de Mileto, hijo de Eurifón, fue uno de los que idearon una constitución para el Estado. Su república debía contener diez mil ciudadanos, distribuidos en tres clases: los artesanos, los labradores y los encargados de la defensa de la ciudad. La ley debía garantizar las adecuadas recompensas a quienes hicieran descubrimientos políticos de interés general. Y asegurar la educación de los hijos de los guerreros muertos en combate, tomándolos a su cargo. Era la iniciación de lo que ahora llamamos Seguridad Social del Estado.

Aristóteles, que expone con frecuencia el pro y el contra de las cuestiones, sin comprometer claramente su pensamiento, pone de manifiesto los inconvenientes de que los labradores, artesanos y guerreros tomen una parte igual en el gobierno. Los primeros sin armas, los segundos sin armas y sin tierras, quedan a merced de los últimos. Pero es contundente al advertir la conveniencia de no cambiar con demasiada facilidad las leyes, puesto que la ley, para hacerse obedecer, no tiene mejor poder que el hábito.

Hace resaltar que Hipódamo fue el único que se atrevió a publicar algo sobre la mejor forma de gobierno, sin haberse ocupado jamás en los negocios públicos. Su manera de vivir era excesivamente vanidosa. Se complacía en arrostrar la opinión pública, que le censuraba por la compostura de su cabellera y la elegancia de su vestido, usando, lo mismo en invierno que en verano, trajes a la vez ligeros y de abrigo. Se jactaba de no ignorar nada de cuanto existía en la naturaleza. Un precursor de los Pico de la Mirándola con su famosa divisa: «De omni re scibili». De todo cuanto puede

saberse. Que encontró en Voltaire su comentario adecuado: «Y mucho más». «Et quibusdam aliis».

Le considera, sin embargo, inventor de la división de las ciudades en calles, que aplicó al Pireo, pues, en efecto, proyectó y construyó el puerto. Era arquitecto que practicaba la urbanización. La arquitectura ha sido siempre el arte social por excelencia, pero la urbanización todavía lo es más. Las obras arquitectónicas de las mejores épocas no sólo sorprenden por su belleza intrínseca, sino por su concordancia con el emplazamiento y el cuidado de los alrededores. El arquitecto, que con los sacerdotes y los guerreros constituían el estamento directivo de las ciudades y de los estados, no podía ciertamente ignorar ni quedar al margen de las actividades políticas. Parece, en consecuencia, un poco excesiva la crítica aristotélica.

Ha sido necesario llegar a una época en que el ejercicio de las profesiones de cualquier clase se reserva, en exclusiva, para los que han obtenido el diploma oficial correspondiente, como una especie de carnet de conducir, para que los arquitectos, en su mayoría, se despreocupen de la urbanización al proyectar sus edificios, sin consideración alguna para el lugar, ni respeto para los derechos de los predios vecinos. Ni los edificios de calidad artística y monumental o las vistas del campo desde la ciudad, o la naturaleza y volumen de las edificaciones próximas, la vegetación y los espacios libres, son obstáculo para proyectar sin medida, atentos tan sólo al interés personal, incluso en los casos de edificios que aisladamente pudieran resultar acertados.

No cabe distinguir, en este aspecto, entre el arquitecto autor de la obra o el funcionario oficial que ha de informarla, porque a la hora de mofarse de los valores arquitectónicos heredados o de los que ocasional y raramente se producen ahora, todos manifiestan la misma indolencia artística y análoga postura ante un interés personal.

Hacen falta muchos arquitectos al modo de Hipódamo, que componía los edificios y creaba la urbanización ade-

cuada, sin desdeñar la importancia de la acción política, capaz de encauzar y mejorar la condición social de los pueblos.

Abundan los ciudadanos y los técnicos de todas clases que con la mayor naturalidad, sin avergonzarse, declaran su apoliticismo. No comprenden la responsabilidad en que incurren, inhibiéndose en las oportunidades que se ofrecen para corregir defectos, evitar abusos y mejorar, en definitiva, la marcha de la sociedad. Hay que predicar las doctrinas que se estimen beneficiosas y practicar escrupulosamente las leyes, para poner en evidencia la nocividad de las perturbadoras y lograr el mayor beneficio de las sensatas y convenientes.

La práctica de la abstención es muy cómoda y substancial para los egoístas, ya que les permite añadir a la tranquilidad de cada día el fácil acceso a los cambios del porvenir, adhiriéndose como lapas a la coraza de los vencedores.

Decía Raymond Unwin que las poblaciones expresan con toda fidelidad la manera de ser de sus habitantes, como sostiene Arrese. Se complacía en poner de manifiesto cómo afloraban al aire las ordenanzas municipales cuando se visitaban las poblaciones. En unas se permiten las medianerías desnudas, al aire. O bien se toleran retranqueos en fachadas, que en otras están proscritas, y se limitan las alturas en función o no de la altura de las calles. Y esto ha ocurrido siempre en todas partes. De un paseo por Madrid se sacan enseñanzas definitivas sobre la arquitectura y la urbanización. Sobre todo, sorprende al técnico la extraña originalidad de que se hace gala. No hay manera de encontrar coincidencia de ordenación entre dos casas próximas. Uno es incapaz de descubrir cuáles han sido las normas legales aplicadas para tal o cual edificio. Y fracasa indefectiblemente al pretender encontrarlas en el inmediato.

La urbanización en España no se atiene inflexiblemente al contenido de las leyes y reglamentos, que encuentran en los funcionarios exégesis discriminatorias.



No se puede proyectar, con garantías de obtener la licencia de construcción correspondiente, sin conocer previamente el criterio personal del que tiene que informarla. La ley es él. Sin embargo, puede muy bien construirse sin autorización, fuera de cualquier norma discreta, con muchas probabilidades de que la obra sea legalizada con el tiempo.

**E**STA nuestra Academia, por razón de la naturaleza diversa de las Bellas Artes que en ella se integran, tiene una estructura funcional diferente a las demás, con modalidades de actuación peculiares.

Existen cuatro secciones perfectamente definidas y diferenciadas: Pintura, Escultura, Arquitectura y Música. En cada una existen puestos para los profesionales, que el texto institucional designa como «profesores», en atención a que en la Academia se enseñaban las Bellas Artes por esta clase de Académicos. Y plazas que se reservan a los que se distinguieron en el conocimiento, divulgación o protección de las mismas.

La vacante que hoy ha quedado cubierta es de la clase de «profesores», para las cuales suele procurarse buscar, en los que han de desempeñarlas, modalidades y preferencias de actuación, que se complementen con las restantes, para lograr en las actuaciones de conjunto una discreta ponderación.

Don José Luis de Arrese no puede decirse que se haya dedicado con exclusividad a la práctica de una sola faceta de la Arquitectura, porque en muchas de ellas ha manifestado, con entusiasmo y eficacia, su competencia.

Entre sus obras podríamos señalar, como edificios públicos, el Colegio Mayor del Generalísimo Franco y el de José Antonio, en la Ciudad Universitaria, que son muestras valiosas de su arte. El Palacio de Justicia de Tudela, la

Audiencia de Málaga, y numerosos grupos escolares: el de María Boada (1933), en Carabanchel; Abentofail (1933) y Pedro Mendoza (1936), en Guadix, promovido este último por la República Argentina a través de su embajador don Daniel García Mansilla. Asimismo, el de los Hermanos Sáenz de Heredia y otros muchos que sería inacabable enumerar.

Las manufacturas de la R. C. A., hoy de Philips, en la Avenida de América, y la fábrica de aluminio de Ortoprot, en Zaragoza; el Banco Rural y Mediterráneo, en la calle de Alcalá; el hostel «Sancho el Fuerte», en Ribaforada, representan una amplia gama de construcciones industriales y comerciales de significativo empaque.

En lo que se refiere a monumentos, la reconstrucción del Castillo de Arévalo, y el proyecto para el de Covarrubias del Monte, no realizado, representan trabajos de otra categoría arquitectónica. Y luego el monumento a Onésimo Redondo, en Labajos; el de los Caídos, en Guadix, que tuvo por escultor al actual dominico Padre Aguilar, y otros varios con un proyecto para los mártires de Paracuellos, que no llegó a realizar.

En materia de urbanización, merecen reseñarse: el plan parcial del Puerto de la Cruz, en Tenerife; las ordenaciones costeras de Motril del año 1936, primero, y de 1962, últimamente. El complejo turístico «Tres Estrellas» en la isla de los Pensamientos, de Cullera (Valencia), obra de extraordinaria importancia. Una ordenación y plan parcial para la península de los Alfaques, en Tarragona. Complejo de hotel y apartamentos de lujo en «La Caracola» (Málaga). Un plan general de ordenación para la «Costa de Madrid», del pantano de San Juan, en San Martín de Valdeiglesias.

Las viviendas particulares que lleva realizadas suponen varios centenares, a pesar de que durante varios años, por sus cargos oficiales, se abstuvo de ejercer la profesión.

Las obras realizadas en Corella, donde reside desde hace muchos años y que debe satisfacerle considerarla como su patria chica de adopción, merecen mención aparte.

Nació en Bilbao a primeros de siglo y cursó el Bachiller en los PP. Jesuítas de Orduña y la carrera de Arquitecto en Madrid. En 1932, contrajo matrimonio con doña María Teresa Sáenz de Heredia y Arteta, virtuosa y conspicua dama oriunda de Corella y bisnieta de aquel Arteta que fue Ministro de Fomento con Bravo Murillo, en la época de la construcción del Canal de Isabel II, y sobrina carnal del General don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja.

Desde entonces, por amor al hogar dichoso, ha concentrado todo su fervor en aquel pueblo navarro, que le tiene con razón no sólo como hijo adoptivo y Alcalde honorario, condecorado con la medalla de oro, sino como el más decidido bienhechor y preclaro consejero.

Ha reunido en su casa una importante colección de pinturas de Roland de Moïse, del taller de Rubens, una réplica de Correggio, Ribera, Tristán, Divino Morales, Herrera el Viejo, Ribalta, Verdusan, Fray Juan de Rizzi, Goya, Lepicié, Esquivel (Antonio y Carlos), Alenza, Denis y otros muchos. La escultura está representada por tallas góticas y obras de Juan de Moreto, taller de Miguel Angel, Pedro de Mena y otras, así como copiosas muestras de artes decorativas y de Arqueología. Todo lo cual, junto con una biblioteca de dieciocho mil volúmenes, el archivo, la casa y los necesarios bienes para su conservación y fomento, han de pasar, por disposición testamentaria, otorgada ante el Notario de Madrid Vallet de Goitisoló, a constituir un museo público y centro cultural de promoción de vocaciones, regido por un patronato, que esencialmente han de integrarlo representantes del Ayuntamiento de Corella y la Diputación de Navarra.

La urbanización de Corella, con el Parque Municipal, el Paseo de los Caídos y su ensanche, son obra suya. Así como los arreglos de la iglesia de San Miguel y reconstrucción de la capilla-enterramiento. Ha construido asimismo grupos escolares y monumentos. El Albergue-Hogar Infantil de Auxilio Social, la Casa de Correos y Telégrafos, la Casa Sindical, el Hogar Rural, la Delegación Local y conjunto

deportivo para el Frente de Juventudes, un noviciado para los Padres Pasionistas, un colegio e iglesia de los Padres Combonianos, otro de las Madres Mercedarias. El teatro Blas de Laserna. Y un conjunto de 250 viviendas en el ensanche.

En la tranquilidad de aquel retiro, ha aprovechado el tiempo para estudiar con detenimiento los archivos locales y el suyo propio, para poder escribir, en colaboración con nuestro colega don Julio Gómez, un libro magnífico: *El músico Blas de Laserna*, tomo de más de doscientas páginas, publicado por la Diputación de Navarra en 1941. En 1952 da a luz otra obra titulada *Un corellano director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*.

*Arte religioso en un pueblo de España*, con 622 páginas y 189 láminas, fue publicado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1963. En el mismo año, rinde homenaje al que fue nuestro ilustre y querido director, en su folleto *En memoria de don Modesto López Otero*, y publica otro libro titulado *El arte de imprimir en la Ribera. Málaga desde el punto de vista urbanístico, El barroco en las iglesias corellanas, El pintor Vázquez Malboysson e Iconografía mariana*, son los libros que ha publicado en relación con las Bellas Artes.

COMO manifestó el señor Arrese, las ciudades actuales andan bastante a la deriva, sin que presidan los trazados ideas concretas capaces de ponerlas en orden. Son ciudades sin estructura conforme a las necesidades de la vida. Son, en definitiva, urbes fracasadas, ya que, propuestas para vivir, la vida en ellas es difícil, ingrata e insalubre.

Meter el campo en la ciudad y algunas ventajas de la ciudad en el campo sería un gran beneficio. Que no es precisamente el de hacer negocios en el campo, prostituyéndolo con grupos o edificaciones defectuosas de las que abundan

en la ciudad. De la misma manera que el campo no se lleva a la ciudad porque se construyan unos minúsculos jardines o parques llenos de edificaciones comerciales.

Al comenzar una ciudad nueva, hay que partir de la necesidad de fijar su tamaño. Más de un millón de habitantes parece excesivo. Es prácticamente imposible ordenar los servicios. Claro que las aglomeraciones de mayor número de habitantes no pueden prácticamente impedirse. Pero pueden organizarse como distintos núcleos, separados unos de otros por amplias zonas agrícolas y forestales, que ayudan al abastecimiento de la población y facilitan el tratamiento y utilización de los desperdicios.

La ciudad ha de engarzarse en un esqueleto de vías arteriales que constituyen el sistema circulatorio interno y de trascendencia exterior. Y dejar los parques necesarios, comunicados por vías; parques sin circulación rodada, para repartir el aire puro por todo el ámbito urbano. Porque el respirar es una función continua, que no permite aplazarla hasta llegar al campo los domingos y días de fiesta.

Las edificaciones de todo género montadas dentro de la red de vías, con un buen sistema de parques, poniendo las viviendas lo más cerca de las ocupaciones cotidianas de los que las habitan, facilitaría mucho la vida.

SIENDO Ministro el señor Arrese, recibió el ofrecimiento de presentar su candidatura para ingreso en esta Academia. Supo resistir la tentación y declinar el honor, haciendo constar expresamente que mientras estuviera desempeñando el cargo se abstendría de autorizar tales invitaciones, y que si algún día se presentase la oportunidad de aceptarlas tendría que ser en razón de su labor profesional y no por su actuación política.

Asimismo, rechazó la Dirección de la Escuela Superior de Arquitectura, porque entendía que era cargo que correspondía al profesorado por elección del claustro.

He respetado, hasta aquí, el deseo del recipendario, limitándome a enumerar su labor profesional y sus méritos en el arte, y glosar algunas sugerencias del discurso que hemos tenido la satisfacción de escuchar; pero ha de comprenderse que no sería legítimo ni correcto que me propusiese desconocer su actividad política, a la que ha dedicado los mejores años de su vida. Ha sido dos veces Ministro Secretario General del Movimiento y Ministro de la Vivienda. Es Consejero del Reino desde la creación del Consejo. Procurador en Cortes desde el principio. Consejero Nacional. Y Gobernador Civil de Málaga. Posee las Grandes Cruces de Carlos III, de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas, la de Cisneros, San Raimundo de Peñafort, del Mérito Naval, del Aguila Alemana, de San Lázaro de Jerusalem y otras muchas, y valiosas condecoraciones y honores.

Es Académico de Honor de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, de Málaga. Miembro permanente y Vocal del Consejo Ejecutivo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Presidente del Patronato «José María Cuadrado» del mismo Consejo, y ha creado distintos patronatos y preside diversas instituciones.

Siendo Ministro de la Vivienda, publicó el Decreto fundacional del Consejo Nacional de la Vivienda, Arquitectura y Urbanismo, con su puesto para la representación de esta Academia. Es lástima que una vez constituido no se haya vuelto a convocar.

\* \* \*

Su relevante personalidad política, me decide a hacer una breve manifestación de tipo personal, al margen por completo de la Corporación, que confío ha de serme permitida y disculpada. Su gran valía movió mi entusiasmo para colaborar en la medida de lo posible en el triunfo de

su candidatura. Pero sin que mis convicciones íntimas se hayan alterado. «Honni soit qui mal y pense». Fui siempre, y sigo siendo, liberal y monárquico. Quiero que conste.

\* \* \*

Pido perdón a todos por tan deslavazada disertación y voy a cumplir, que ya va siendo hora, el honroso encargo que me ha conferido la Academia de dar la bienvenida al Sr. Arrese. Lo hago con excitado y fervoroso ánimo, porque sé que su colaboración ha de ser asidua y esforzada en beneficio de las Artes. Y que nadie olvide que la política puede y debe ser la máspreciada de las Bellas Artes, si se practica como tal. Hacer bien aquello que tenga que hacerse, es la definición de arte propuesta por Lethaby. Las obras son perfectas cuando añaden a la verdad y la bondad la belleza. La sinceridad de corazón, la práctica del bien y la constante preocupación estética serían, sin duda alguna, la mejor y más eficaz política para lograr la paz y tranquilidad del mundo.

Impreso por  
**INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A.**  
Avenida del General Mola, 27  
**SAN SEBASTIAN**





